





**RAFAEL ESPINOSA**  
**LA REGATA DE LAS COMISURAS**  
**-ANTOLOGÍA POÉTICA-**



kriller71 ediciones

**kriller71 ediciones / colección poesía**

**director de la colección**

aníbal cristobo

**consejo editorial**

carlito azevedo, edgardo dobry, mónica miravet,  
ezequiel zaidenweg

**asistencia editorial**

paula montalto

**fotografía de tapa**

natalye barrios

**diseño de logo y paracaídas**

walter gam

**isbn**

978-84-940414-7-1

**depósito legal**

B.991-2014

**kriller71 ediciones**

<http://kriller71ediciones.com>

[info@kriller71ediciones.com](mailto:info@kriller71ediciones.com)

© rafael espinosa, 2014

© de esta edición, aníbal cristobo, 2014

# **RAFAEL ESPINOSA**

## **LA REGATA DE LAS COMISURAS -ANTOLOGÍA POÉTICA-**

Selección de Rafael Espinosa  
y Aníbal Cristobo

Prólogo de José Carlos Yrigoyen



kriller71 poesía #07



## El presente es un stand de muertos. Un viaje alrededor de Rafael Espinosa

Lo primero es situar al poeta en su elemento: una tradición en crisis. En crisis desde principios de los años ochenta, hace tres décadas ya, debido al gradual y cada vez más profundo agotamiento del discurso conversacional entre nosotros y la imposibilidad de los autores más jóvenes para encontrar alternativas a esa inmovilizante hegemonía. Con muy escasas excepciones, la línea conversacional anglosajona, que se impuso en el Perú a partir de los años sesenta con la irrupción de la obra de Antonio Cisneros, Rodolfo Hinostroza y Luis Hernández, ha imperado entre nuestra poesía con escasa resistencia, hasta llegar al punto de que los poetas jóvenes de hoy suelen sentirse cómodos en su condición epigonal y perniciosamente admirativa de sus mayores. Sin embargo, siempre hubo algunos rebeldes que se las ingeniaron para construir disidencias en este hipercerrado coto de caza donde el grueso de lectores, la crítica y los medios recelan de lo ya establecido. Pienso en un José Morales Saravia, poeta de los años setenta que revitalizó nuestro incipiente barroco con un libro notable como *Zancudas* (1983), o en un Mirko Lauer, siempre insatisfecho y crítico de la norma, quien en poemarios como *Santa Rosita y el péndulo proliferante* (1972) y *Bajo continuo* (1974) apeló a una descentradora psicodelia o a un ecléctico barroco para explorar realidades y lenguajes alternos cuando los autores de su tiempo se abocaban a trabajar el discurso popular, coloquial y político. También pienso en Rafael Espinosa (1962), autor de una decena de libros

complejos, inconformes con lo seguro y establecido, poseedores de indudables picos expresivos dentro de su desigualdad y que integran una de las propuestas más originales de los últimas décadas en el Perú.

La obra de Espinosa se inaugura con dos libros escritos como para tantear el terreno: *Reclamo a la poesía* (1996) y *Fin* (1997), cuadernos que pretenden homenajear el barroco de Martín Adán llevando al extremo, violentando y parodiando los más reconocibles recursos retóricos del poeta de *Travesía de extramares*. Tomar como punto de partida el barroco para comenzar una tentativa de refundación es un escenario común: lo que no es tan habitual es que quienes lo intentan alcancen un nuevo espacio sólido y personal a partir de esa experiencia. A Espinosa esos primeros libros no le gustan, quizá porque le parecen rudimentos y ensayos iniciáticos hacia una meta todavía imprecisa y que por ese entonces solo se podía entrever. Es con *Geometría* (1999) donde las cosas comienzan a estar más claras a este respecto. Aunque en la primera parte todavía persisten las huellas de su paso por el barroco, en el largo poema final del libro nos encontramos frente al primer hallazgo de Espinosa para la consolidación de una voz sólida y divergente con el canon. El poema está basado en el flujo mental del yo poético durante el camino desde su casa en Miraflores hacia el mar. No es solo la lograda arquitectura del texto ni sus espléndidas imágenes —dos marcas frecuentes en la poesía de Espinosa— lo que destaca aquí, sino que por primera vez se concreta en su poesía el objetivo declarado de que “las intuiciones sean tratadas como cosas y los objetos resueltos en combinaciones libres, y así



ni las imágenes hagan tierra ni los conceptos observen una típica vaguedad mental”, meta que ya se había impuesto Lauer en *Sobre vivir* (1986), libro que tiene más de un punto de contacto con el de Espinosa, al punto de que este se cuestiona y se responde lo siguiente en el comienzo de uno de sus textos: “¿Seré yo Lauer para salir con nuevos productos mentales / y hablar fehacientemente de lo simple del amor?” / *Es cuestión más de manos que de cabeza, timing del ilusionista*”. Esos versos podrían ser el arte poética sumaria de toda su obra. Para llevar a cabo estas asociaciones Espinosa recurre a elementos radicalmente antipoéticos cuya fusión, en la mayoría de casos, produce alegorías que representan cabalmente situaciones y sensaciones sin renunciar a ser claramente visibles y concretas. Es más fácil decirlo que hacerlo, por supuesto: llevar a cabo estas propuestas requiere aceptar el riesgo, la irregularidad, la impresión de haberse aventurado hacia ciertas zonas ocultas de la realidad donde los poemas resultan ser testimonio de esos acercamientos, pero con conclusiones no definitivas. Por ello es que Espinosa entiende su obra de manera distinta a los poetas tradicionales: sus libros no cierran etapas, sino que perfeccionan su constante búsqueda, se inmolan en la consecución del objetivo principal que pone en marcha su aliento creador. Los volúmenes que suceden a *Geometría, Pica-pica* (2001) y *Book de Laetitia Casta* (2003), evidencian a un autor que ya posee el dominio de sus instrumentos formales y una inusual habilidad para desarrollar un lenguaje envolvente donde se alternan audaces símbolos que desequilibran el mundo mostrado y lo interpretan otorgándole nuevos

e inquietantes sentidos desde el apartamento y una esperanza personal siempre mayor al escepticismo en lo ya nombrado y determinado.

La madurez poética de Rafael Espinosa empieza a hacerse patente en *El Anticiclón del Pacífico Sur* (2007), quizá su libro más experimental y contenido, características que no suelen ir de la mano, pero que aquí llegan a una rara conjunción que le permite depurar su discurso, elaborando así poemas sólidos y cohesionados en desmedro de aquellos desbordados torrentes de palabras de sus anteriores libros, donde el lector debía estar atento para no perder de vista los pasajes valiosos que de cuando en cuando aparecían en escena. Este acertado planteamiento tendrá una feliz continuación en *Aves de la ciudad y alrededores* (2008) —donde encontramos el mejor poema de su obra entera, el extenso *Seguida ave*— y en *Amados transformadores de corriente* (2010). En este poemario Espinosa consolida con éxito la recreación del flujo de conciencia de un paseante por las calles de un distrito residencial, interpretado mediante el eslabonamiento de percepciones sensoriales, de insólitas asociaciones de ideas y de referentes literarios, musicales, tecnológicos, así como de la cultura de masas.

En los dos últimos libros que ha entregado a la imprenta (*Los hombres rana*, 2012; *Hoyo 13: novela barrial*, 2013), Espinosa ha seguido un rumbo más definido, quizá haciendo libros menos complejos pero no por eso menos ambiciosos. En *Los hombres rana*, por ejemplo, la cuestión social y política está presente sin que se le permita ser el eje central del poemario; la coloquialidad, la aparente superficialidad de los versos, el kitsch radical y las

visiones surrealistas, trastornadas, compulsivas, los velan y permiten que se desenvuelvan detrás del biombo de un lenguaje que oculta para a la vez revelar lo que los discursos dominantes escamotean o deforman. Esta elección es la que marca la naturaleza de un camino que él mismo ha señalado, desbrozado y continuado. A su tiempo, con una esperanza que es también una aceptación de la realidad que transforma. Pues como dice él mismo en un poema, *si hay prisa o negación, son de otros hombres*.

José Carlos Yrigoyen  
Miraflores, enero del 2014



de ***EL ANTICiclÓN DEL PACÍFICO SUR*** (2007)



Cómo sueñas, cómo piensas.

Una redistribución de las piezas,  
unos bordes sobreexpuestos  
a la caricia insensible del guante.

El lado más débil siempre  
es el más importante, de ahí  
surge la canoa del maya  
expandiendo con la estela  
un afluyente mudo. Y recién te  
enteras: Paula llamó de larga  
distancia, en una breve  
escala. Dijo que su amor no viaja.

Un acontecimiento decisivo  
que barrió vacas y flores, y viste  
solo formas de labio comentándolo.

Como un juego de billas  
en que las bandas y los roces  
deben asegurar que nada,  
menos uno, quede afuera.

Como el juego de pelota  
maya y sus estrategias  
y su arte práctico referidos  
a paredes siempre ruinas.

Una estrella simbólica.

Y no está en juego nada, sabes?

En el sendero de las captaciones  
encontré música de cables y regaderas  
y en el del beneplácito, reflujo.  
Nadie usa más camisas de flores  
pese a que el viento viene de complacerse  
en el mundo vegetal. Si él toma  
todo atajo por bueno, refrescando  
a buenos y malos, las aspas de molino  
del cabello ¿indican además que la nave  
del amor en otro lago acuatizara?  
Respirando los chips del viento es veloz  
darse cuenta y notar también que la esperanza  
es una técnica náutica mientras  
se arrojan flores de recibimiento  
al que llega porque nunca estuvo.  
Con taconeos lejanos se comprende  
y con silencio ascendiendo crecen los ramos.  
Así entonces son las rosas. En la luz,  
sueños concéntricos y en la sombra  
una política de olores. Lo que es decir,  
cuando el viento vira, que tenemos  
siquiera dos maneras de querernos  
y que lo que será ya fue, y lo que fue  
es voz dorada después y mucho antes.



**M**e lo dijo en un parque de diversiones un argentino en portugués. El desierto es una playa de estacionamiento. Desde entonces ha pasado un tiempo, el suficiente para que hayan muerto varias veces

los rosales. Ahora estoy muerto, creo y veo llegar al desierto auto tras auto, incluso el mío.

    Mi entretenimiento y mi tristeza es contarlos, confundido por perder a menudo la equivalencia entre el número de carrocerías y las tablas de surf, enfundadas como joyas, que portan sobre el techo.

No se trata de una manía ni de reflexiones sobre el valor profiláctico del deporte.

¡Hay tanta felicidad en que sea otra fuerza la que nos mueve, mientras notamos la diferencia entre la ola azul, una nueva ola azul! Dos movimientos —el del agua, el de uno dada el agua— que nos conducen a una soledad extrañamente percibida como un encuentro. Y se ve que no la puede ocupar un cuerpo sino la fracción del siguiente instante.

    En esas cosas pienso, al tiempo que bajan de los autos y se demoran en hurgar la maletera, atendiendo las sincronizaciones de antiguos hábitos de compra en que los resplandores de la cabellera y los fragmentos de la espalda destierran al infinito la clarividencia

del rostro. Si lo tienen,  
no lo sé. Yo tampoco conozco el mío o lo contemplo  
variando  
en las transiciones atmosféricas donde el desierto pasa  
de bosque  
a playa, según se usen las tablas hawaianas  
y el propio desierto, ante la ventura de acompañar la  
rapidez del líquido, parezca  
un escenario sobrecargado de elementos. A través de  
los parabrisas  
puedo escuchar sus voces recordando una vida mejor  
en Praga o los pueblos que inunda el Danubio,  
arrastrados por sus nombres: Lenka, la que fue  
gimnasta, Pável, casado con una Muhvic-Pintar, Arnost.  
Y me gustaría decirles, con el timbre del heno,  
Lenka, Pável, Arnost, el desierto los ama.

Te lo cuento pero no para que sepas.  
El viaje por la costa es a la inversa  
y comprende un tema central nostálgico  
y arbóreo pero virtualmente irreal  
por contraste con los hechos excluidos,  
que quedan subiendo y bajando a lo largo  
de una escalera de escape a la hora  
que no ocurre nada y en la del desastre.  
Tiene la misma pequeñez de una carta  
llegada del Brasil junto a lo que es el Brasil:  
riberas, especies de la mata atlántica, divorcios  
dentro de departamentos, y muertos.

Los gases que emanamos cuando muertos  
trazan los tipos de vida que nos deslumbran.  
Para que no comprendas, te lo cuento.  
El acueducto que viene de los clásicos  
transporta serenamente la noticia  
entre ejemplos de desdén hacia la muerte,  
suicidio y palabras finales perfectas  
aunque remotas. Instaura un medio sublime,  
tanto que nuestros pensamientos cálidos  
copian mensajes de texto recientes  
para huir de él. Pero ya hicieron la ruta  
a la inversa. El tema queda disuelto:  
vimos cómo el horizonte derrotaba  
a los pájaros. Y solo el futuro es nuestro  
porque es donde otros piensan en nosotros.

Tú has recibido una carta, para que sepas.

Una secuencia del todo extraña pese  
a su fluidez

porque ¿quién querría presentarse,  
resarciéndose de un viejo cargo de negligencia,  
para desvanecerse sin más en la autopista,  
acompañado de otros fosforescentes  
irresponsables?

Yo entendía de algún modo que pedaleando  
extraía el mayor sentimiento de la velocidad  
y aun así podría ser escarnecido.

“Con tu cabeza en mis faldas  
la atención es un pétalo,  
al despertar cada segundo  
es un ofrecimiento  
de indulgencia”.

En su acústica nocturna, susurraba aquella  
de cuya sabiduría me apartaba.

Ahora empiezan a marcarse intervalos  
y se distinguen especies de aves, trinos  
de un espacio familiar. Seguro hubo  
guerra y habrá que sepultar con reverencia  
a aquellos que militaron indistintamente  
por turnos en los dos bandos.

Somos felices, expertos  
en lo espontáneo del aire. Las lágrimas  
que luego verteremos las derrama en cuclillas  
sobre un patrón geométrico  
una nativa absorta, benevolente,  
no por nosotros.

00.

(rostro)

La omnipresencia de mi cara.  
Xiste antes d nacer como  
en la futurista stación spacial.  
Mi cara d la promesa,  
1 fluido mgnético surcando  
a campo traviesa dond  
stuvieron la agricultura y el ombre  
pa hacer d cada afecto  
su imagen, cada tiempo sus ojos.

Mi cara cn aspecto de strella,  
sonrisa n el tiempo xtra,  
no hecha pa morir a scala humana,  
las spinillas de mi inmortalidad.

Y la forma d nariz d mi cnciencia,  
su mpuje x llevar hasta cada mtpolis  
d pensamiento las relaciones  
sintácticas ntre mis ojos  
hundidos y mis labios asimétricos,  
gustando trascendencia.  
El vuelo d mi cara,  
mis rasgos y su proyecto aéreo.

Xtinguirse pued ser el sueño  
del cuello parabajo  
(como las toxnas cansadas

del pecho en los baños turcos).  
Pero mi cara angulosa  
es circunferencia platónica.  
Noto al ver modos d mi recuerdo  
q no pertenece a mi cuerpo:  
ella s explaya dond hay época y agua.

02.

(cerebro)

Mi mareo era siempre ms ágil  
q los árboles visionarios  
q él mismo staba moviendo.  
Los asuntos del regocijo  
se cnocen xq giran.  
Así, cn equipo d compresora  
y soplet, hacía arribo  
la felicidad y boceteaba  
murmurantes figuras sobre  
1 superficie qjumbrosa:

mi cerebro dond no se fijaba  
el graffiti del deseo,  
noms el sonido d su inyección.  
Star dichoso era scribir  
sobre el ruido-spray, y marearse  
ms hasta hacer del insomnio  
1 domingo d navegación.  
Pnsar mientras la noche agarra  
1 doble curva: q vivir  
es síntoma; cerebro, dolencia.

**S**upongo que la volatilidad es un presente.  
El jockey ama a los caballos porque le dan dinero,  
velocidad y discontinuidad en los cuadros.  
Al final del polvo levantado por los cascos  
estoy yo conducido por epigramas que el tiempo  
había escrito en el curso de la noche.  
Mi suerte es que, en el proceso de recobrarlos  
como ternura y celos, los rostros refieran  
a pulseras y edredones de plumas,  
en el día levemente airado de su estreno.  
Luego, existen relaciones de vecindad  
que, aun incontrolables, debo tomar en cuenta  
para juzgar sobre la verdad y la belleza.  
Lo confirma el aspecto de los edificios:  
no se trata de proporciones, sino cuánto  
se han aglomerado a esa hora las nubes.  
Con esas condiciones contamos el turista  
frente a su viaje y yo frente a mi vida.  
Si permanezco sentado y no interrumpo  
la performance de las aves por ser lemas,  
él es, con una cámara de video,  
aquel que dentro de mi corazón viaja.  
Si por casualidad entro en su encuadre,  
la que viaja es mi vida, y recuerda otros árboles.



**Putos cabrones, peores que políticos y analistas políticos, no notan que el pederasta lleva fervor y el lavacarros estructura social a su encuentro de cada semana. Uno es por soledad aglutinada en los testículos, el otro debido a encantamiento con la voz patronal, mientras el dinero si sombra de poder los cuerpos, solo es como término derivado. Lo explícito, como siempre, usurpa la fuerza de lo implicado, pero si propulsado por la energía nuclear del orden de clases, un petardo de semen les diera en la cara, de nuevo errarían el juicio: creerían los putos cabrones que es caca de pájaros, como una metáfora teledirigida de los gobernantes de la que se pueden inferir baja de impuestos y feriados largos. ¡Y se reirían! bajo el sol de estío, las caras blanqueadas, payasos de la inmortalidad. No pueden ver en el astro sino cambio de horario. No pueden concebir que el movimiento existe, ni que no ocurre entre dos puntos sino que los hace acontecer, así los taludes son luego erotismo en la mirada. Sí, son harto veloces, toman ascensores de motor lineal del piso de abajo al piso de arriba y con suerte las compuertas los dejan en otro año aunque en el mismo día. Eso es lo que Dios concede: la vuelta sin haber salido de casa. Circularidad. Menstruación. El sol y la luna. Y en torno del Centro (de Convenciones / Cultural y de Artes) el cumplimiento de las profecías de los padres y la más amplia variedad de tatuajes para embellecer con cristos sangrantes y dragones la eternidad. Entre tanto, no perciben la eternidad de cada gota**

de agua al embeber cada grano de piel: no saben ir con su cuerpo a la playa; no saben sumergirse en el cauce: no saben nadar en el cauce del cuerpo. Los putos cabrones terminan cachando con un pene de cachemir, y aceptado que somos mucho menos que lo que pudimos ser pero somos asimismo mucho más que lo que otros soñaron tener, ahora es necesario que sean libres sin complejos. Una seguridad en los propósitos, una coquetería para aceptar como plausibles los fines contrarios, y emociones controladas y estar junto al mar, sometiéndolas al diseño limpio y meditado de una copa de martini. Arriba están las estrellas como espectáculo y ellas mismas como testigos de orden, composición y acabado en los affaires terrenos. Después de todo, aun cuando pudieron quedar mejor, no se hicieron las cosas mal. “Lo perfecto es enemigo de lo bueno” dicen los maestros. El cielo es perfecto, pertenece a nuestro balneario.

O después de pedir subvenciones, los putos cabrones que escriben versos: “mis manos son ruiseñores que te desnudan en tu bosque”; “nuestras lenguas serpientes que ferozmente se devoran... .. ¡¡y calla mierda!! ... .. El ofidio, entre el matorral, posee menos mentiras y mucha más nobleza: mira a la rata cuando mata mientras los putos cabrones huyen tras rimas cuando los contemplan las palabras: no saben ir con su cuerpo a las palabras, no saben que el cuerpo es aire, y una ventisca brusca, conocimiento: cristales y oscurecimiento. Peores

que políticos, creen que el movimiento restaura,  
que la Corriente de Humboldt trae siempre  
el mismo navío romántico, en cuya dignidad  
no consiguen ser navegantes, en su estela  
de oro coser una glándula de deseo: la fe de un hombre.  
Un hombre, si lo es, es una araña que elabora  
con su baba constelaciones lisérgicas al servicio  
de la lluvia que las orla, del viento que las arruina.  
Camina y oye, camina y ve, camina y toca  
y después tendido en su cama no recuerda nada  
a no ser el bip de un disperso goce. Así ama.  
¿Qué sería entonces la libertad, si en vez de paseo,  
fuera objeto? Algo que dejó de ser un cuerpo  
persigue un vacío que asimismo se rehúsa  
a serlo, eso somos y por esa causa contamos  
los kilómetros recorridos mientras destruimos  
con cada nueva estación de servicio el pasado.  
¡Y los putos cabrones, más viles que entrevistadores  
políticos, pretenden hacernos entrar diciendo  
que nos llevan a pasear. Al jardín de la democracia  
donde confunden cheflera con palo de brasil  
y llaman a tal hecho reglas de convivencia.  
Les tienen sin cuidado las plantas, no sospechan  
que las ideas son las torsiones imperceptibles  
sonscadas de su voluptuoso fototropismo.  
Solo les basta tener jardineras e informarse  
sobre control de plagas, protocolos para mantener  
las cosas aparte. No han respirado las hojas;  
no saben que mente es fragancia y neurotransmisores  
que van del temblor a la memoria, sin calmar uno,  
perdiendo a la otra siempre. No hallan ahí drama

y anhelo, tampoco de otra manera. En realidad la que decide es la marcha en piloto automático, y alejarse del tiempo lo más establemente posible para copiar el verano anterior. Otros, en paralelo, buscan que los supermercados costeen sus libros con epígrafes de César Calvo. No saben rezar: dicen sermones y palabras clonadas, jugadas tramposas en la bolsa de valores, los putos cabrones.

Una chica que lee poesía no le lanza arena  
a un pelícano estático,  
inmóvil como el aburrimiento  
de ella.

No debe hacerlo siquiera porque él se está muriendo, o  
caridad  
hacia sus ojos impasibles que han aceptado como  
finalidad del cuerpo  
el sacrificio.

Debe haber una clara separación entre aburrimiento  
y muerte

y ni aun arena fina e ingrátida atreverse a infringirla.  
La muerte del pelícano  
es sufrimiento, mejor incluso una fatiga en que la  
estructura de las alas  
cede a lo informe de la arena o la brisa hedionda.  
Es lento: aun así es flujo  
y por definición no queda en él mismo.

El aburrimiento de la chica es materia  
de las técnicas con que está construida  
su casa de playa.

Hay una clara separación entre propiedad privada y  
áreas públicas  
e incluso el mar, sin ser avaro,  
la respeta.

Nadie arroja arena a los postigos azules de la ventana.  
La muerte del pelícano  
es indicio de un enlace entre lo privado y lo público,  
la lágrima y el mar y el océano social.

El aburrimiento de la chica  
es anti-reflectante como los muros de contención de su casa.  
El concreto contiene arena.  
Y ella tira arena.

Data y ondas de las  
sensaciones

indican que no existen  
condiciones

para estipular acuerdos.

En esas dobles superficies

la tecnología de celulares

proporciona vislumbres;

la misma llamada que deja  
oír timbrazos al que  
telefonea

es sonata de Bach o acordes  
de lambada para el que es  
contactado

y, partido en dos mitades  
no equivalentes,

el marcado se inserta  
dentro de los sucesos ideales.

En esos procesos no lineales

pasan cuentos, pasan  
hechos, luego rencores;

se juega para mí algo  
inmenso

para otros muy pequeño y  
absolutamente nada para  
los bonos de carbono:

mi destino con sus destellos  
de agua  
sucia, sus deseos en los  
cruces  
de camino, su devastada  
tristeza y sus ganas

de no dejarlos;

y también amadas manos:  
otros sucesos ideales.

Por lo tanto lo que he tenido

trae a veces lo mismo, otras  
lo diferente

y lo que no he tenido

esculpe mi rostro.

En medio aparece alguno

tendiendo hacia ser nadie

borrado donde el sol mella

otra silueta de extranjero

conmigo y el cielo  
extrapolado

en las inhalaciones profundas,  
ciruelos.





de ***AVES DE LA CIUDAD Y ALREDEDORES*** (2008)



## EL MATRIMONIO

Los pasos no se encuentran donde se halla  
su sonido, esperarlos mueve los sitios.  
La esposa nos hace esa confidencia.

El aspecto del matrimonio aparece  
como el polvo sobre los enseres cuando uno  
de los dos no existe o ha desaparecido.  
Sin ellos, orientados por los rayos  
desviados de los marcos de plata, se empieza  
a escribir la historia de dos cuerpos  
resueltos a dormir y migrar tras sus soplos.

Siempre se quiere escribir, solo por dar caza  
al lento desarrollo de partículas.  
En su agrícola recorrido  
de relato incapaz de encarnarse,  
el matrimonio equivale al acto de escribir.  
Uno escribe: "lo falso", oyendo skateboards,  
y lo pega en un sticker amarillo  
sobre el zumbido del refrigerador.  
El otro de dos espera lo verdadero  
en las puertas de un parque temático.

La voz de uno, nunca de dos, ha venido  
a ser deslizándose con los tiempos  
de una cortina que se corre. ¿El matrimonio  
siempre acontece dentro de un viaje  
aprisionado en la estación de la luz?  
Pero si ya es, ya no sería.

La inquietud se conservará pura,  
en una neblina lo suficientemente excitable  
para confundir un proyecto fenecido  
con un arte por hacerse:  
tatuajes en pos de su nuca cóncava.

Uno no puede recordar la nuca  
del otro y sin embargo el tatuaje  
reproduce la flor galáctica  
vista únicamente por los dos.  
Duerme el ambulante sería mi respuesta  
si me preguntaran otros predicados  
de ese amor. Rodeado en la avenida  
de todo lo que existe como ganancia  
y pérdida. Su brazo sueña que coge  
una mano. Seguro está donde imaginar  
no es tanto forma cuanto una frecuencia,  
no primavera sino traducción;  
y ocurre la interferencia y la merma  
del oído. ¿Qué dijo ahora el amor  
que sonó retrasado y osciló hacia  
*entonces*? La felicidad obtura.  
Solo sabe que una serenidad  
en cierto modo obscena por hallarse  
fuera de canon persiste en la anuencia  
de los músculos descansados.  
Lo que queda entre el no oír y la acera.  
Su despertar tiene que producirse  
dos veces, en dos situaciones.

Sus tropiezos para despertar establecen

que el impedimento es la dádiva que reciben  
los dos que liberan su inmaterialidad al casarse.  
Frente al álbum incompleto, el esposo  
sabr  que si las toallas o el acantilado  
son su figura, los esponsales  
en cambio le deben todo a la prohibición.  
Es cosa de advertir con encanto  
cómo el poema coge su fuerza  
de una desolación que lo obstruye.  
Alguien debe estar desde siempre  
en un sofá de tres cuerpos para tomar el nombre  
Pedro y destruir la historia de amor.  
Escribir una carta verdadera o falsa,  
suspenderla sobre la bruma del océano.

Puede ser un padre o sus libros marcados,  
puede ser la muerte de uno ya tendida en el  
cielo.

Los esposos deben siempre mirar el cielo.  
No fue por él que ubicaron la cama  
al medio, y le buscaron lámparas Bauhaus.  
Les muestra un jardín donde no están ellos.  
 No es contra él asimismo que crean  
su propia sublime indiferencia  
pintando de blanco las paredes?  
Y después les proyectan secuencias,  
envolturas y boletos de cine,  
hasta verse convertidos  
en la imposibilidad de una imagen.  
Nada se dibuja por un momento,  
ningún cuerpo es vivible, y la borradura

de las paredes blancas persiste  
todo lo que demora ser innumerable.

Es el impedimento como clímax.  
Será de nuevo el padre o el hijo  
favorito del padre amalgamando  
cuanto de negatividad tienen las palabras;  
fundiendo susurrar con establecer distancia:  
será el cielo que refleja al desierto.  
Los dos que se contemplan con ojos  
colmados de desdoblamiento quedarán  
separados,  
vencidos por la diferencia de masa  
que se opone a que una idea  
corresponda a lo que descubre en un botadero.  
Desconocerán el sentido  
y seguirán lo ondulado.  
Acceden al sitio profetizado.  
Conocen el tacto perfecto:  
no pueden tocarse sino en una pantalla  
donde sus nudillos desfallecen, alumbran  
corolas de cristal líquido.

Las personas nadan, pronto son píxeles  
de una idea muerta. Pienso si el matrimonio  
es algo que hacen los cuerpos o un césped  
que los crea como un arribo; pienso  
en que Julia no sabe dónde está Bernat.  
Estar casado parece la agenda  
solo posible para el que entra a vestir el cuerpo  
de un desterrado político.

La política de estarlo: una suspensión.  
Ahora la proscripción pasa por el gusto  
de contemplar nuevos árboles  
y observarlos ser negados, y negar  
a los árboles conocidos.  
Ambos existen y viajan  
con sus ramas, pero demasiado lentos  
para la velocidad con que el casado  
aspirado por el mundo externo percibe  
y dice: "esa es una astromelia".  
El día de hoy se desfigura y recluye  
visto tras un vidrio de baño.  
Yo voy hacia el exilado  
y el exilado se aleja de mí  
y habla sobre la vida de las estrellas.  
Comprende que la falla de su historia  
estuvo en una diferente  
rapidez que sus enemigos y él  
les reconocían a las mismas palabras.  
La ley era sencillamente  
una velocidad excesiva.  
El espíritu de la revolución era,  
por otra parte, un desenvolvimiento.  
Y subyugarse a la ceremonia  
de que la claridad alcance a sus bordes.  
Todo debía acabar de esta manera,  
lo lento y diferido  
como una culpa, el matrimonio  
como lo impedido por los árboles.

En esos días la esposa llevaba

pañuelo y lentes ahumados jugando  
a ser retro, copiando el tiempo del amor.  
El amor que recoge y frunce la tela  
y trabaja con lúcido talento  
la indulgencia, el tino y lo hecho despacio  
y mientras tanto asciende o baja  
hasta el sueño de equilibrio imposible  
a abrazar su sentido en el destino;

pues no es amor, es un plan de novela  
ni tampoco romance; designio solamente.  
Entonces atender las charlas,  
cómo detrás de las grecas de las emisiones  
se restaña todo el tiempo el vacío,  
nos hará saber: cómo el ritmo es una  
cosa y la muerte otra, cómo los deseos  
y los pájaros son ritmo y el matrimonio dos  
que se casan para la muerte: aves en el video.  
Él habló de amor, no es cierto?,  
empleó palabras prisioneras  
de las leyes probabilísticas  
y en el corrimiento de las ilusiones  
todo se desvaneció, salvo un sonido  
inaudible en la memoria, el oro  
de un ligero dolor de cabeza.  
Quiso decir que el matrimonio  
es pensamiento y dolor.

En adelante, la dicha concierne  
a descifrar qué es una cabellera.  
¿Qué es el peso de la esposa



sobre la espalda cuando se le lleva  
como una góndola de luz oblicua,  
cabellera tratada con placenta y sábila?  
Cargar se hace la delicia de la unión;  
cargar hacia la orilla y entre los coches,  
por afuera de los años.  
Hay ahí un movimiento  
escapado a las reglas de un acto.  
Una sola forma de sacrificio  
para veinte modos de peinarse.  
Y confundir qué es materia  
y qué es mente mientras se palpa una hebra  
de pelo para ser guardada  
en una cajita pintada a mano.  
—Que se endurezca el pelo en un mundo  
de nuevo acelerado sería sentir celos.

El pelo es performance de un canario:  
un acorde en el alma al evocarse.  
Como cosa pensada, él se propone  
como su propio postulado.  
Queda unido a un pincel deslizado  
que medita triples sentencias:

El ibis camina sobre los lotos  
del río sin precipitarse al agua.  
Es capaz de vivir sobre las láminas.

El vuelo en ala delta limpia la urbe  
de transitoriedad. La altura suaviza.  
Las personas se convierten en estilos.

El esposo no habrá penetrado nunca  
a la esposa. La esposa no formará parentesco  
con el esposo. La esposa pinta y se peina.

## COMPRAR TELAS

¿Por qué si los hombres pretenden ser libres quieren que sus reflexiones tengan los hijos que no se preocupa de concebir el agua? Hoy salí con deseos de que las cosas caminasen por su cuenta, de que la declaración de derrota que embellece los rostros, no contara. Pensé, es fantástico: que el panadero me salude con cara risueña y que su cara construida largamente por sus recuerdos sea un fulgor rápido con el que no formo ni una caminata ni una vida. Su cortesía es únicamente un aspecto, soplada su mano con la época desvanecida del cerebro. Y parece bien, si, rotando, los olores, no dando de sí sino pulsaciones disparejas, también están confundiendo. Así él puede ser él, si lo logra, y yo otros intereses. Otros micros donde si alguien dormita atraparé entre dos segundos muertos el desconsuelo que le faltaba para ser. Se marchan como lo que se pierde del modo fluctuante que tengo de reunirme sobre flores pisadas con mi inmortalidad. ¿Quién lo sabe? Nadie. Ni ella. Y me parece bien. Seré mi alguien, siempre que no traicione al humo de migraña esparcido entre los cuartos y no ceda a la manía de alinear piezas. El ebrio que tropieza, me alecciona.

Basta para lo que quiero con imitar  
sus movimientos, lentos números de clown  
asimétricos con lo que sufre.  
O poner en un frasco lo que recuerda  
y en este instante por segunda vez pierde.  
Amor que solo por amnesia vuelve a ser amor.  
Exactamente como si hubiera permanecido  
en casa, redibujando diseños.  
Introduciendo entre dos escenas la saciedad  
del perdón, dejando que se queme  
luego por generación espontánea,  
en una visión de numerosos años.  
Ahora lo que tengo, si lo pienso,  
es la esperanza de algo que tiene,  
si lo pienso de nuevo, la forma de nada.  
Y si lo pienso otra vez, solo de pedidos  
de ciegos y logos de laboratorios cromados.  
Este es mi paseo, este es mi mundo  
y ni él me lo puede arrebatarse  
ni yo me lo puedo apoderar. Es un

mensaje para nosotros, concebido  
para una lectura de labios. Y traslada  
por las bocacalles humildad, pureza  
bloqueada y horror, hasta que reaparece  
de golpe una oferta diversa de fibras.  
Las toco y rayo una ilusión en el liquen  
hasta pasar a otra vereda. Comprendo,  
sí, que puedo volver y que lo haré cambiado.  
Comprendo mi fortuna de existir,  
si bien sea solo en retrospectiva.

Son las telas. Teletransportadas.  
Soy muy feliz, me repito, ante su fuego  
de haber sido concebidas, he visto  
estampados de tigre en las espaldas,  
he escuchado sobrenombres cariñosos  
al lado del mío; he representado  
a un hombre, y él secretos y nubes.

## A CAYETANO ESPINOSA

Este es el avión de papel.

Recostado, tres asientos vacíos  
determinan ahí mismo el tamaño de tu libertad.

Muerdo mis recuerdos como cerezas y te espío.  
    Tu cuerpo, un cable de alta tensión, ruidoso  
        en su duotono de dulzura y rechazo,  
            recorrido por decisiones migratorias.

Mísero es mi principado, mísero  
busco en tu imagen el parque de encuentro, el puente  
    aéreo entre experiencias. En vez  
de eso la suela de tu zapatilla dibuja una espiral a la que  
    es inútil  
buscar desenlace. Al cabo regresa  
a la seca percusión de música electrónica de la memoria,  
    de donde sacamos flores  
        si queremos, fracaso si queremos.

    Y tu cabeza, medio oculta, incluso para ti. Ya  
sabemos, es el envase  
al vacío, el lugar  
prohibido para todo lo que no sea exhalaciones que se  
    despiden  
dejando manchas brillantes, por ejemplo la palabra  
    “coherencia”; es la belleza  
que no se puede usar por entero, como algunas playas  
pedregosas de Portugal.  
Más allá, tras el arco de tres delfines de concreto,

ondula el espíritu del mundo. Le pido  
piedad y me otorga esplendorosa física: cielo  
y océano a los que no penetra nuestro entendimiento  
y brindan el campo de nuestro amor.

Lo que cuenta no es gramatical. Lo dicen  
tus cabellos revueltos e indivisos, tenaces en su  
introspección, pero tu postura  
fetal también dice que sigo siendo tu padre.  
Yo seré tu hijo el día que al mirarme recostado tú sientas  
mayor culpabilidad.

Abajo, los pueblos de España se diseminan, parecidos  
a acné.

Alguna noche los recordaré, les pasaré los dedos asombrados,  
leyéndolos en sistema braille.

Los estoy viendo junto a ti. Un padre y un hijo  
embalsamados en la inmensidad  
silenciosa frente a la cual la vista delega sus facultades  
al corazón.

*Dame en tu palma un valle estéril, yo te devolveré  
mis años de muerto*

*para intentar su retrato.*

Dos ciegos,  
los párpados cosidos con yesería mudéjar,  
angustiados como turistas, que sintetizan afecto del  
resentimiento; y cambiamos  
Océano Atlántico por adoración.

(\* Julio de 2008. Vuelos Barcelona-Lisboa / Sevilla-Barcelona)





***AMADOS TRANSFORMADORES DE CORRIENTE*** (2010)  
[Texto completo]



### En la mañana soy refractario

a la música de las esferas.

Apenas puedo soportar la banda sonora  
de los muertos con los cuales estuve  
renovando durante la noche viejas manías  
que en su momento nos separaron y ahora nos unen  
como si nuestros defectos formaran  
hits sentimentales.

Cuando despierto, en realidad, mi mente  
es un rifle de repetición —Solo son los  
objetivos lo que me falta:

una pena definida, un stock de pasiones exánimes  
con el cual pueda construir al menos un dilema.

Solo por disparar, invento mi doble  
y para asesinarlo le apunto mis conceptos balísticos;  
el doble que fui en un cíclico marzo  
y el doble que nunca seré en el sueño  
de una Vía Láctea comunista.

Como patos silvestres, se desploman ellos, gondoleros  
de su cuarta dimensión.

Así mi mañana es un campo de tiro  
y mi puntería convertir la futilidad  
en una leve violencia,  
todo por convencerme que siento.

En la mañana no escucho los himnos  
de la naturaleza a la paz y las faenas;  
afuera, su música vale menos que un foco ahorrador.

No escucho a las aves  
correr su programa de canto.

Aun así, me gustaría ser una radio  
democratizando una impresión inalienable

por encima del espacio y el tiempo  
entre todos los que la escuchan  
y a la misma vez despreocupada  
del city tour que efectúa en sus corazones.  
Lo de la radio es sonar y ocupar,  
no diferenciar; lo contrario  
de lo que hacen los Gerentes de Contrataciones.  
Aprendería insistencia y conformidad  
y al expandirme por igual entre  
aire limpio y smog llegaría  
más allá de mi deseo. Sería noble,  
sería pobre, envuelto en la túnica  
de monje de las ondas hertzianas  
exhalaría desprendimiento y gratitud  
en mis canciones sexuales.

¿Qué hace una radio sino copular  
acoplando con su acústica general cuerpos  
que de otra manera no encajarían del todo  
en el flamante televisor plasma de su instante  
en la historia?  
Devuelve, al proseguir, a algo que va a morir  
su infinita novedad. Porque practica  
la zoofilia entrelaza a personas y gatos y perros  
con el pene color grosella  
en un esplendor profano, la  
delectación parca de la vida.  
Es rotunda y es amorfa,  
mutante en cada inicio de canción.  
No es un pasatiempo: es participativa

como el diálogo del taxista con sus parlantes.  
Me gustaría ser una radio.

En cambio, yo escucho  
comerciales cósmicos de café instantáneo  
y llamados a canjear la tristeza  
por cerveza, tanto que no distingo  
si el ventrílocuo soy yo  
en mis pensamientos más dolientes  
o una maligna máquina expendedora  
oculta en el cielo.  
Cielo insidioso de Lima,  
sin piedad siquiera para los que le hemos  
cancelado todos nuestros sueños;  
ni gris ni blanco, no puede  
decir una verdad si no es como parte de una intriga.  
Es espantoso mirarlo  
y saber que tras su cacofónica niebla  
no esconde estrellas ni lagos aéreos  
sino las conversaciones privadas  
de la Célula Parlamentaria Aprista.  
Nuestro cielo es entonces un audio  
y lo que yo escucho, un robot  
de gaviota negociando la suerte de los hombres,  
incluso mi propio amor por las aves.  
Es como si un cangrejo que hubiera  
encontrado por casa mi oído  
fuera lo único que conservara  
de haber pasado mi vida entera en los barrios  
junto al mar. Y su sonido de bulldozer

no me deja escuchar las olas, infatigables  
en regalar temas favoritos. Y su ronquera  
de agitador contratado no me deja recordar.

### **Lo escucho, como un dios doméstico**

de los sismos, obsesionado  
en remover los escombros de un día  
desplomado al lado del agua;  
es decir, primero a un cangrejo, y más adelante  
un desierto cubierto con la sinfonía  
de un site institucional.

Y me parece que me perifoneara la misma desdicha.

Así pienso a veces  
en subastar mi cerebro  
y otras que así son los tiempos,  
una suerte de pedo dirigido contra los delicados cristales  
del encéfalo.

La desesperanza. La aflicción. La fantasía  
forzada a mantener una posición cara contr'elpiso.  
Son los humanos tangaras cresta amarilla y caobas  
y catlejas y

ballenas avistadas y especies de Madagascar y son  
sus destinos el más hermoso ecosistema  
devastado. La ruina. La pesadumbre  
de ver que los bosques cobran dinero  
por llorar en cablevisión. La necesidad  
de que el dolor pudo ser una  
granja piloto de primorosos eventos,  
brisa, epidermis, pastizales,  
o sea vellos.

Y el cielo de Lima, opaco,  
otro abandonado sistema cooperativo,  
sin prometer más que el arribo de la oscuridad  
donde durmiendo todos seremos sus peces limpiadores.  
Hoy leí revistas, en mi día libre,  
frente al mar. Los surfistas repetían  
trayectos avisados, patrullas de tristeza.

No quise surfear. En un segundo universo  
globos se alejaban simulando razonamientos  
fallidos. La ciudad bombardeada  
por diamantes de gaza.  
Preferí visitar a mi madre.

III

Madre, de Mundial a Mundial he visto la misma fruta de granada volver, a la vez personal y persuasiva, a la vez foránea y silenciosa. Parecía uno de esos objetos que nunca entrega la marea, por lo menos en los años que pasamos sentados en la orilla. Tú dirías que parecía un problema familiar. Pichón lo conversaba con Gustavo, Gustavo lo cuchicheaba con Luis Alberto, Luis Alberto con Lorena, Lorena con Amanda, y cuando ya no podía llegarme como verdad, sino como un residuo musical o el krill que se ve al entrar a la tiniebla del cine, me preguntaba si acaso no se estaba dirigiendo por fin a nosotros la vida. Ahora, eso ya pasó. Los dos lo sabemos, y con risas, mientras hablamos del alcoholismo de los varones, sean humanos o árboles, hacemos estadísticas en que siempre existen dos muertos por un nuevo verano. Extasiado ante la luz halógena, te veo mirarme, sin compasión, sacrificado el amor al conocimiento del terreno. Lo mismo que yo a ti, me ves entrar al mar o despedirme en los terminales. Cada domingo es una turbina. Y sin embargo, entre Mundial y Mundial, sobre las hortensias que se morían por desempleo y cuentas impagas, hemos cumplido todos nuestros deseos.



Una madre es un código de señales  
náuticas. Por demasiado tiempo, con solo  
clickearla en los archivos de imágenes, nos dice  
que hemos entrado en aguas tranquilas  
escritas en su propia caligrafía sin borrascas.  
Solo un tanto después, cuando una primera  
ráfaga antártica llega a la casa, es que lanza bengalas  
remotas  
y comprendemos que no habrá acudimiento.  
Ella también está atrapada. Ella también ha despertado  
en un iceberg, y nuestro cuerpo  
se desprende de ella hasta llegar por la ruta  
de un barco petrolero al mundo  
de las ciclovías y el trabajo. Entra  
a la adultez mutilado, como entro yo a su casa  
con chocolates baratos en el bolsillo.  
Mientras ella juega Solitario, hablamos de deudas  
por vencerse, de shangri-las bursátiles  
(no paraísos fiscales), de cómo Antonio da frutos filosóficos  
sin que nadie los recoja en la familia  
por dedicarse a matar androides en la computadora.  
Y yo le digo, nos hemos quedado  
tan solo con el presente, siendo que no somos  
danzaqs en trance. El presente  
es un sofá; es un lugar donde fácilmente  
estar, pero donde no se puede vivir.  
Madre, no es siquiera un lugar sino  
una mirilla para espiar la semejanza  
y confundir las ilusiones con sábanas floreadas.  
Dibujan un monstruoso rostro las madres  
cuando no tienen qué responder  
y es uno el que les enseña el desamparo.

Recuerdan a una roca de hierro y níquel  
que tarareando a través del espacio viene  
de golpe a destruir la Tierra. Parecen  
ya muertas. Y nos reímos de nuevo. Es cómico  
que después de recibir tantos préstamos, le traiga  
yo, en vez de efectivo, asteroides.  
Mejor hojeemos periódicos  
en que otros, de preferencia palestinos,  
por lo menos ya recibieron el impacto,  
los cráneos vueltos de pronto autopartes propulsadas.  
Sus ropas mapeadas de sangre, sus cadáveres  
artesanales, evocan además  
al Santo Sudario: y digo,  
hasta será posible  
reencauchar nuestra fe.  
O mejor veamos fotografías  
del pasado en las cuales visiblemente  
nos estamos moviendo más que en este momento.  
Y de hecho, es lo que hacemos. Ella  
trae los álbumes de colores industriales.  
Es agradable tocar las páginas  
cubiertas de papel engomado; es denso y a la par flexible,  
sabe retirarse, a un toque, y a la vez conservar, ojalá el  
espíritu  
tuviera su presteza y fidelidad. Las polillas  
nos consideran locos, ellas sí leales  
tras los vitrovents a su credo de morir lo antes posible.  
Embrutecidas, ni nos observan.  
Forman sus nubes anfetamínicas.

No se rían, polillas endogámicas, racistas. Solo  
admito su superioridad en no desear ser inmortales.

### **Si creen que al mirar fotos**

estoy buscando el pasado, se equivocan.  
Déjenle ese error a mi padre, enmarcado  
hace tres décadas en una mala jornada  
que llenó sus afectos de garúa.  
Nadie quiere recordar, ni siquiera  
urbes con canales.  
No ejerzo propiamente el mirar. Lo que hago  
es reconocer  
en las fotos un postulado, una capa de caramelo<sup>1</sup>  
presente ahora mismo acá pero que no encuentra  
un sitio. El problema,  
cómo no, es de propiedad privada.  
Sencillamente existe una huerta  
de mi mente que no me pertenece  
y que me es prohibido recorrer como un cuerpo vivo.  
La paseo nada más con mi poncho  
de espectro, en un estado de muerte  
al que da lo mismo llamar museo del pasado  
o parque del futuro.  
Y me regala un bien, y me clava un mal  
pues ¿no soy un sujeto del mundo natural?  
La huerta excluye al presente y sin embargo  
parece explicarlo. Pero no subsiste  
mientras converso con mi madre  
y sus violetas africanas, sorprendentes  
e introvertidas, rehúsan  
ofrecer otras versiones de la realidad.  
El mundo contiene un agujero, mirar

---

<sup>1</sup> Antonin Artaud, poema "50 dibujos para asesinar la magia", revista *tsé-tsé*, N° 12, Buenos Aires, mayo 2003, p. 37.

fotos es caer dentro. Al lado la madre  
suma y llora o ríe y los sobrinos  
corren. Ellos viajan, las lágrimas  
de mi madre viajan como caídas  
de un nevado, el Cholo, muerto,  
viaja, el pez espada lo lleva a una isla-  
spa de la que no regresará.  
Pese a todo, mis dopaminas permanecen  
inmóviles, admiradas de que el canal  
vaginal de las flores no produzca  
en mí histeria colectiva y cánticos. Debo  
haber visto muchas flores, debo  
haber sufrido mucho hasta que solo  
me quedó un sentido para la redundancia.  
Las abejas viajan, los aviones de guerra  
viajan, los depósitos por internet  
viajan. Son polinizadas las enredaderas,  
los misiles caen como polen.  
Yo persisto hablando,  
formándome un charco, protegido  
por percepciones antiinflamables;  
envuelto en un trato demasiado justo  
con las cosas como para que irrumpa  
un anhelo. Mi madre me entrega  
unas llaves con borlas. Abro  
y veo: cielo fumigado y videos, moviéndome  
sin moverme, mi alma camina  
en una faja para hacer jogging.

Madre, soy la máquina de un gimnasio.

Y ya te dije —desde que mi hijo  
se fue a recoger guijarros por el planeta,  
y mucho antes, desde que el desamor se convirtió en un  
trotamundos  
alrededor de mi cabeza, el presente se ha instalado.  
Aun así, bajo su carne adiposa, te amo. El presente  
es para los que le son más veloces.  
La brisa, el sexo. O el sabio.  
Me gustaría ser una radio.

III

Es paja salir de la casa de la madre  
entre los trajes folklóricos  
de las buganvillas  
y ver el parque surcado  
como un aburrido imperio  
por flotas de bicicletas y balones.  
Adentro, al lamentar el fin prematuro  
del verano, comprobamos que nosotros mismos  
ya estábamos muertos, y pese a ello ahora  
puedo mirar las casas-buque  
y prender un cigarrillo.  
Es cool, estando muertos, saber  
meter los cambios con propiedad y acelerar el coche  
a fondo hasta parecer un ovni conduciéndonos  
hacia goces renovados.  
Pero qué estoy diciendo. Un ovni  
hiperkinético siempre conduce

hacia una foto trucada. ¿O  
precisamente eso es lo quiso  
decir visitar a mi madre,  
cuando repasamos en la sala todas  
las formas en que las vidas se arruinan  
igual que arqueólogos emotivos?  
Tal vez quiso decir que debía  
hacer del desposeimiento una alabanza,  
del bloqueo del futuro, ímpetu  
y agradecimiento;  
una pura fuerza hidráulica.  
No sé. Estoy confundido. Una madre  
es un crucigrama. Existe, se muere  
y vuelve a existir con la apariencia  
de una frase que no podemos completar. Nos acaricia  
la cabellera por cinco siglos enteros  
y un buen día nos deja a nuestro albedrío  
frente a los ojos poligonales de los jefes.  
Otro domingo de verano, como este, nos deja  
libres frente al parque,  
extraños, con una respiración branquial.

Estoy aturdido, frente  
al cemento humano. Pero desprovisto  
del talento para convertir  
mi perplejidad en un arte de amar.  
Me doy cuenta que amar es lo más distinto  
posible del modo en que funciona  
una rutina de gimnasia olímpica.  
No se trata de armonía —eso  
sería bienestar, resolana y ropa fresca— sino

de un desajuste, de una falta  
de aptitud para fijar grados correctos  
y de nubes y de ojos que debido a ellas cambian de  
colores.

Debe incluir dolor, aunque revestido  
en acrílico brillante. Así  
el cello que el grillo obsequia a todos  
en la noche es un raspón de los élitros, casi una  
herida en su cuerpo. Y el chirrido  
no calla, está aquí y está allá, tanto  
que su diseminación resulta inextensa.

Tal vez el grillo dice que amar más que amar,  
es perseguir.

Perseguir lo que ya está acá;  
un barrendero en la cuadra  
en su rastro de contingencia.

La contingencia es un área de bosque  
protegida, digamos su enigma,  
y aunque podamos conversarle  
e invitarle un cigarro, lo vuelve  
inabarcable y remoto. “Caminando rema”.

**“Lo que barre flota”. “Su espalda es un desfiladero”.** Es un oso de anteojos tangible y lejano.

Y ahora sí se va el barrendero.

Ahora que lo observé con atención,  
creo que sí fui más perdurable  
que mi presente,  
a saber lo transformé de estado  
en argumento.

Noto que es un procedimiento simple  
pero que requiere que el flash  
de los sentidos pase por el lugar oculto  
en que se encuentra el alma,  
ilumine su retiro.

El día que esto ocurre la vena  
aorta fosforece y se llena de confianza  
y hasta hay payasadas, conversiones religiosas;  
y si ocurre dos veces, inclusive Pucho  
y Nelson dejan el clorhidrato.

Siempre existe un barrendero en el amor  
y en un solo barrendero dos cosas.

1) Un hombre muy pobre, con su tacho rodante  
y su overol verde.

2) Un ser frente a nosotros y también afuera,  
fuera de campo.

O lo que es igual:

1a) Un proyecto político.

2a) Un evento metafísico.



La política debería ser una clarividencia: cinco  
movimientos de un concierto; pienso eso  
al experimentar de pronto  
lo lento, no lo largo, de la longitud  
de la tarde. Lo lento y lo lejano  
comparten una esencia. El río Ganges  
hace contacto visual conmigo. Siento  
un leve cambio en la equalización auditiva. Ríe  
el río. Bañarse en el aire. Músculos  
de hilo, suavidad  
en las articulaciones.  
Quizás estoy despertando.  
Mi cuerpo se desenrolla.  
El parque se presenta.

III

Un parque. ¿Qué es un parque? No puede  
ser notaciones, si no sería  
un container de pájaros y hojas.  
¿Qué es un parque en el día  
después de visitar a la madre?

Hagamos omisión del uniforme  
blanco de las niñas, con su atuendo  
de seudonovias. Olvidemos  
frente al parque el fracaso

en el Perú de la urbanística  
ante la segmentación por clases.  
Traigámoslas con sus vestidos  
monomaniacos solo para incorporarlas  
dentro de un flujo que se desacelera,  
hasta parecer que se detiene,  
precisamente porque se extingue.  
Así es; el parque, tan nítido con sus pelotazos  
de cantero a cantero, no obstante  
está muriendo. Este es su último día  
en este domingo de marzo, cuando  
las flores se abrieron de repente  
para mí. Mañana es astronómico, queda  
muy lejos de este instante  
para que el parque, si despierta  
con los mismos setos y bancas,  
sea este parque. Se va  
pero a la vez crece. Irse,  
noto, es extralimitarse. Las flores  
suben paso a paso a la superficie,  
ahí se ofrecen, varían; son recíprocas  
a mi emoción en cámara lenta.  
Las flores son pulpos de tierra.  
Nada sin embargo carece de vivacidad.  
Puede tocarse y fugar enseguida;  
los instantes de hecho son muy rápidos,  
solo el vínculo entre ellos es sin término.  
El parque auto-rueda. Desliza  
a sus jugadores y arbustos. Es  
el río Ganges al que vienen  
las parejas a purificarse de la ceguera.

Creo que me acompañará esta escena  
para siempre. No en la memoria  
ni en el estupor estroboscópico de lo perdido  
en el recuerdo. La llevaré en cambio  
como una represa, algo en lo que no se piensa  
pero que discretamente surge.  
Un poco, mutatis mutandis, como  
se comportan los muertos  
cuyos refranes suben a nuestros labios  
por subterráneos cables de fibra óptica  
aun si no los tenemos presentes.  
Amor para ellos,  
inaudibles dentro de sus tecnologías  
hipersilenciosas, tan diferentes  
a mi motor a inyectores. Limpio  
el parabrisas, quiero ver. Arranco  
mi auto.

III

El camino puede confundirse con polución mas la polución no con un camino. En el camino es posible que veamos de cualquier modo un árbol de suche, con su make-up de flores blancas y púrpuras. Recordar su olor hará que se sumerja en nosotros un cardumen de intemporalidad. Es inevitable después que metonímicamente pensemos en las coronas de las bailarinas de danzas polinesias, hechas de esta flor. Llegamos, por consiguiente, con dos tendencias, fragancia y circularidad. De algún

modo, preparados ya para las rotaciones del hula-hula. El hula-hula empieza a dar vueltas, cada vez más rápido, diestro, con jolgorio. Primero mueve fuerza local, lapiceros, fólders, pisapapeles, mouses, nuestras corbatas, las nuevas carteras con pasamanería que trajeron con ilusión las chicas. Poco después ha adquirido una propulsión nuclear, y por nanosegundos, confundimos sus giros relampagueantes con la misma circunferencia del planeta. Es surreal, es lisérgico, es demasiado divertido. Ya no podemos ni queremos parar. Los rostros se han vuelto tiras de chicle. Y descubrimos que estamos al borde del llanto.

O bien,

Una gran pesadumbre, tan grande que nos sentimos indignos de que nos converse el sol, de observar que la furia, la cobardía, hasta la vileza deben su existencia a haber concedido mayor importancia a la velocidad que a la dirección. Comprobar que son al cabo un asunto de técnica futbolística, que pudo ser aprendida. Si percibiera lo despacio que brota el pelo, si notara que la dirección de su peinado lo lleva, aunque no quiera, hacia la muerte, su posibilidad de dignidad. Pero no; tiene demasiado apuro: en ese sentido sus actos son pura economía de mercado. El apuro posee una terrible fuerza expansiva, arrastra los labios corteses y los estrella contra estériles razones, deja así inerte la generosidad. No tenía mala fe, intenciones de matar, el furioso, el cobarde no quería pudrir los corazones. Pero por ir a prisa, fue un pirómano de la oficina. Calcinó a todos en espesas lágrimas vistas

como gigantescas llamas, mientras girábamos como él, en una escenografía fantástica y bella.

O también,

Jessica es acusada de desorden contable solo porque cumplió sus órdenes. Jessica no es contadora, sino antropóloga; entonces es su salvadora a la que se paga con abstrusas lecciones lacanianas y amenazas. Jessica tiene dos hermosos hijos que nunca estudiarían contabilidad. Lourdes, la vendedora, vende libros, no velocidad como él querría. Lourdes no entiende que la ataquen por una confusión en que un objeto físico es tomado por un tótem abstracto. Ángela diseña los libros que yo corrijo. Ángela rediseña los libros que yo recorrijo. Por tercera vez Ángela diseña, yo corrijo, y el libro no es publicado. Era un libro tonto, que él no escogió sino otros tontos. Él grita, Jessica grita, Lourdes grita, Ángela grita, yo grito. Al final parecemos pantallas gigantes en una feria de automóviles del año. Y termina un lunes de trabajo.

Tú gramputa no tienes  
cuidado en absoluto  
con el medio ambiente.  
¿No sabes que las almas  
además de sistemas  
hidrográficos, suelos  
de cultivo y circones,  
portan una sustancia  
indefinible cuyo  
roce da su figura

singular a las caras,  
su hojaldré en el afecto?  
¿No sabes que las caras  
son las que hacen el aire  
respirable? Idiota,  
al turbar su contento,  
destruyes los árboles.  
Eres cadmio más plomo,  
relaves de minas. Tú  
Soc. de Minería.



**Sabes, Marvin, como viejos amigos**

que somos, yo recibiendo de ti la heroína  
de tus canciones, tú de mí road movies  
de insomnio, sabes, te confieso algo:  
si envidié muy poco tu vida de vivo,  
me gusta menos todavía la tuya de muerto.  
Lo digo de hinojos, posando en tus cuerdas  
vocales una ofrenda de rosas.

Los dos tuvimos un padre muy severo,  
un matón del buen nombre, y le perdonamos  
por anticipado sus crímenes; lo quisimos  
como si amáramos las armas de fuego;  
los dos fuimos casi pedófilos.

Fuimos cándidos, aun más que un bebé de foca,  
y creímos que una cierta delicia  
sentida por nosotros de convertir los hechos  
en acordes resolvería los problemas. ¿Qué  
problemas? La gana, las intermitencias, la culpa,  
cómo conciliar ser amebas y hombres.

Pero ese no es el punto. Ahora se trata  
de ubicaciones tan solo, como en un juego  
de Eliminatorias. Tú inexistente, allá, yo aquí,  
en mi mesa de ishpingo, escuchando tus canciones.

Ahora tú descansas. Ahora tú  
duermes en una cama ortopédica  
sin escuchar los piques de las 4 x 4.  
Marvin duerme, más lejano que una supernova.  
Su muerte lo ha sumido en una depresión clínica.  
No silba, no le funciona el estómago.



Yo le voy a recordar lo que era  
vivir: algo parecido  
a su toxicomanía; pasar enseguida a otro  
momento, otro impulso irresuelto;  
buscar otra jeringa.  
Seguir, dejar, pero con la sensación de que el entreacto  
transporta más energía que el acto  
así como experimenté en el parque;  
llamar a los dealers, llamar  
a los dealers, que deben tener una droga  
para que la pasión se cumpla en el cuerpo.  
Y aunque nos entrenamos, con un método  
de la atención y otro de la acogida,  
como birdwatchers del gozo,  
la felicidad debía llegar de regalo.  
Era el instante de la composición,  
de las canciones;  
del *doo-wop* que se transformaba en *R&B*  
y más adelante mudaba a música *disco*  
sin guardar una relación precisa  
con copos dorados caídos  
simultáneamente de extremo a extremo  
en sus emociones  
hasta cubrirlas de un manto radiactivo.  
Y pese a que los copos, uno por uno,  
traían un florecimiento, como  
un gobierno del pueblo, su efecto final  
era imponer un paisaje lunar  
en los corazones.  
Marvin, desesperados por esta  
contradicción, mirábamos por horas

las calles hasta que la madrugada,  
vaciándolas, también las convertía  
en una extensión sideral.  
O él escribía nuevas canciones.

### **Nuestros corazones solo podían**

capturar destellos: eran una bola  
de espejos proyectando éxtasis e indistinción  
a través de la pista de baile,  
iluminando solo fracciones de amor.  
Era ya muy tarde, las discotecas habían cerrado.  
Espío sus baños. En la ensenada autista  
de los lavatorios quedaría encerrado por siempre  
el estupor de los que se fueron.

La persistente angustia de tornar  
cada fragmento en una comunidad entera  
de sentimientos nos hacía  
según algunos que nos querían, pandilleros  
del egoísmo. Al ver el mar  
con lentes 3D, al ver el cielo todavía  
cruzado por las llamadas de larga distancia  
de los que se echan de menos, a decir  
de ellos únicamente nos mirábamos  
a nosotros mismos. Tal vez tuvieran  
razón si nomás en los testículos  
platónicos conteníamos un universo  
de cuerpos perfectos de jóvenes.  
Como sea, la intención de hablar un lenguaje  
verdadero al parecer nos hacía  
mejores compañeros de las dunas  
y los espigones que de las personas,  
incluso y sobre todo las que más queríamos,  
a las que a veces vimos como chiffon  
metalizado, así de hermosos.  
El asunto era grave, y no lo resolverían

dinero en cash ni envíos por courier;  
ni siquiera un sexo tan epifánico  
como el de los ofidios. Marvin  
lo tuvo con Anna y después con la niña  
Janis, y yo con Malvina y antes  
María Elena, y no por eso impedimos  
que funcionara la compresora industrial  
de los problemas, de las penas;  
hasta de las cuentas.  
La empaquetadora era infalible.  
Aprovechaba nuestras diferencias  
y las devolvía como Ziplocs de malentendidos  
y rencores. Era triste,  
muy triste, super-triste, hiper-triste,  
archi-triste. Era triste,  
la mariposa monarca lloraba  
desde las brácteas escarlatas de la Euphorbia,  
no nos podía comprender.  
Una máquina era superior a nosotros,  
nos suplantaba escupiendo  
palabras informatizadas,  
casetas de pensamiento mandadas  
a prefabricar por los árboles de la época.

**Era triste, puesto que además ambos**  
teníamos razones. Y a menudo  
a nosotros no nos gustaba la vida  
pero en cambio sí siempre las mujeres,  
y a Jns o Mlv seguro, en vez de nosotros,  
otro hombre. Tal parece que mientras  
la infidelidad existiese, también existiría  
el amor, del cual sería la carta-fianza.  
Amor e infidelidad navegaban  
en una relación simbiótica  
ausente en los catálogos de cosmética.  
Una parte estética de nuestro neocórtex  
no lo podía sobrellevar, quería  
asesinar a los chimpancés copulando  
unos con otros en los documentales  
animales, igual que nosotros.  
¿Eran indicios o verdad en Jns y Mlv  
lo que en nosotros era verdad?  
Sufríamos, en nuestro corazón caían  
piezas ardientes de un transbordador espacial.  
En mi corazón se enciende una tv.  
Todos los que sufren ven programas  
y terminan por recalar en comedias  
románticas, cogidos de la mano  
a la que un viento fresco y suave  
va alejando, colocando en una caja de recuerdos.  
Ya no seríamos los protagonistas  
que se reconcilian con pómulos  
con hoyuelos; Mrv y Ann, ME y yo,  
Mrv y Jns, Mlv y yo, nombres alguna vez  
grabados en los surcos de vinilo

de tus producciones. Un humo  
de sándalo se convertía  
en distintos dedos. La mariposa  
contemplaba, el jardín partía  
a buscar a otras parejas felices.  
¿Por qué la máquina de las palabras  
y la máquina del falo tendrían  
que separar lo que todavía se amaba?

Marvin no solloza recordando la firma  
del divorcio porque no puede sollozar.  
Necesitaría su bello rostro con barba  
y no una máscara funeraria. Y  
yo que le quería preguntar cómo era  
la muerte: si se asemeja a cualquier insípido  
martes o parece la pelota de golf  
en que se metamorfosea el destino  
si uno despierta de repente en la noche  
después de un sueño con muchos caballos;  
si como ella vuela, según una fatuidad  
geométrica, suspendida en un vasto  
azar, primorosa en ese horror.  
“Somos estrellas fugaces”, mi madre dice,  
“tu abuela murió hace veinticinco  
años y solo la veo si duermo”. “¿Es  
que Eu...”, digo yo, “es que él también  
algún día va a morir?”. Taponamiento  
total de los oídos, como si bajara  
a las placas tectónicas de los mares.  
Cientificidad del dolor, punto  
de congelamiento.

“Por el río van cientos de embarcaciones bajo el sol hasta que ya no se les ve más”.

“Los pastores siguen rutas parecidas a brocados de seda, en busca de pastos lejanos”.

“Cañerías y miradas de amantes dan al mar, y el mar las acoge y luego las dispersa”.

“Donde parece terminar un cerro, sigue otro, después un nevado y después bruma”.

Y ahora sí, pasando del falsete a la ronquera, sin poder distinguir entre técnica y emociones, Marvin, en la partícula de una de sus baladas, consigue asomarse, y llora.

III

Hablo con mi hijo dormido.  
Sabio como todos los bebés, me mordiste en la mejilla apenas te brotaron los incisivos para decirme que un hijo no aguarda ninguna respuesta de un padre. En días que resplandecen mucho el hipotálamo o el sol esa hendidura brilla como un retazo de Nomex. Me recuerda que ni incluso mi muerte te aclarará lo que el mundo foliar solo distribuye en luz y sombra. A pesar de todo, hoy dos avispas volando tan juntas como si estuviesen

bailando perreo me pidieron comunicarte  
un consejo. Hablo dormido, escapado  
del ego del tiempo, donde yo puedo ser  
tu hijo y una luna vespertina nuestra madre.

Gusta del océano. Si lo contemplas  
verás no solo un esquema visual, sino  
el trance en que la vista se torna  
en consentimiento, consentimiento  
hasta de morir. Si lo escuchas  
conocerás un murmullo melodioso  
en el callar, de donde nace el regalo  
de hablar. Si corres una ola  
y afrontas su abismo,  
sabrás del desamparo del alma  
pero el reinado del cuerpo.

Gusta de los mercados. E inclusive  
de los supermercados. No tanto porque  
el tránsito siempre es deleitoso  
y visto desde una toma aérea parecería  
un ritualístico pasacalle.  
Ni siquiera por las caras tan diferentes  
de los compradores, en las que un único  
acto de comprar no produce dos gestos  
iguales. Ni tampoco porque entre aquellos  
que compran alguien halla algo que pasará  
del consumo al corazón. Gusta de ellos  
pues se compra verdura para seguir vivos, hoy.

Gusta de las calles desiertas. Resuelven  
ontológicamente la oposición



campo/ciudad. Traen el campo a la ciudad  
y la ciudad, de pronto ante un sembrío,  
derrama un champú de movilidad donde  
el buey de labranza, reflexivo, defeca  
desde hace un milenio; mierda filosófica  
que huele bien por añadidura.  
Campo intensificado, ciudad florida  
donde en cualquier esquina surge  
de golpe la sorpresa, una chica con dreadlocks.  
El molle, abundante en la urbe  
y en los cultivos, es el intermediario.  
Es lo que el sistema nervioso puede tolerar.

Gusta del carretillero.  
Gusta del skimboard.  
Gusta del colibrí andino.  
Gusta de las rocas fluviales.  
Gusta de los DVD piratas.  
Gusta de los CD piratas.  
Gusta de Marvin, mi amigo.  
Gusta de la soledad.  
Gusta sobre todo de aquel goce que no puedes tolerar.

Y

Detesta a los apristas aunque digan  
no pactar con los fujimoristas  
y a los fujimoristas aunque digan  
tener dirigentes de pasado izquierdista.  
Ellos únicamente han visto el mar  
para prometer colectores o  
construir cadenas hoteleras,

arrojar condones al desagüe.

Cebiche, pisco y caballos  
de paso para lotizarlo como  
un tugurizado mercado de abarrotes.  
Y después de odiarlos, olvídalos.  
Sé noble por que miras las olas.

III

Hablo despierto. Me conecto al chat de la noche  
donde todos los usuarios arriban  
al páramo como si se tratara  
de un bebedero. Siempre es así.  
Acá nos reunimos todos cada madrugada  
más allá de la biósfera, hartos  
de que el ciclo de reencarnaciones nos deje  
siempre frente al mismo módulo  
con postales japonesas. Semejamos  
astronautas; libres  
de gravedad, como ellos pierden  
coordinación motora, girando  
igual que balotas de lotería,  
nosotros perdemos la propiedad  
de nuestros propósitos.  
Estamos vestidos de blanco  
y deambulamos viendo cómo las aves  
han decidido sustituir las diferentes  
modulaciones de sus trinos por una

única música serial.  
Es una Liga de los Pájaros  
Unidos contra la Heterogeneidad.  
Estamos vestidos de blanco  
y no es una fiesta temática.  
Caminamos sin prisa, en silencio,  
es un chat del silencio; entre  
arroyuelos helados. Podríamos allí  
patinar si nos gustase, deslizarnos  
con un equipo de Skeleton a la espera  
de que una estrella hormonal renazca.  
Nada nos urge; ni el tiempo  
ni el sexo. El sexo es blanco también;  
o es un cuerpo sin recuerdos  
o es una espuma de poliuretano.  
No tenemos apuro, ni mucho  
qué decir; sabemos que el mundo  
es disponible y forma una inacabable línea recta<sup>2</sup>.  
Nada se ha perdido, no obstante;  
al contrario, millonarios, divas  
generacionales y modas de sandalias  
estamos todos apiñados, sin que falte ninguno;  
solo se ha perdido el saludo.  
Veo entonces que el saludo era  
lo más importante. Con él las cosas  
se ofrecen sin renunciar a una cierta distancia;  
son gentiles aunque no se detengan.  
¿Acaso que no lo hicieran abolía

---

<sup>2</sup> Gilles Deleuze. *Diferencia y repetición*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2002, pp. 175-179.

que existiesen? Solo era necesario  
que nos reconocieran. Y podíamos  
entonces repetir una y otra vez  
como niños con foniatra:  
tú, yo, tal vez, nuevo, espacio intermedio,  
belleza,  
tú y yo unidos en una inconsolable belleza.

Aunque honestamente, tampoco  
es una situación tan mala. Después  
de todo, afásicos como nos encontramos  
y sin podernos reconocer por completo  
o ser fraternos, estamos desarrollando  
el plan moderno de una sociedad telepática  
en que cada cabeza sea una  
multiequipada isla de edición.

**Por otra parte, no podríamos**

hacer otra cosa con la noche. Pues  
digámoslo de una vez; la noche,  
o sea el ser haciendo turismo vivencial por el sistema  
solar,

no es para ser feliz,  
no está pensada para la dicha;  
salvo para los que a esas horas intuyen  
las primeras formaciones geológicas  
vía las prácticas por el ano y después duermen.  
Y aun la noche es terrible  
para los que cantan con piedad cloroflica en la boca  
o nada más bailan

—digamos Marvin, digamos mi madre de joven—  
simplemente porque los reúne  
con su hondura al mismo tiempo  
que los priva de un tip para poseerla.  
Así pues, la noche enfrenta la deriva de un pasaporte  
robado con la superabundancia.

¿Cómo podría entonces soportarla el cuerpo  
y no caer en un estado neutral,  
tipo un salmón que extravió la ruta?  
La noche es soledad; si no pertenece  
al tiempo propiamente, la noche  
también es de Marvin. Me gusta  
que él cante desde su hogar imposible,  
que toda la muerte inunde  
de stiletos de arena, de esmoquin deshechos mi oído.  
Aun así, subsiste un problema  
y el navegador virtual de la mente  
no lo soluciona; es decir, si el cuerpo está desierto,  
si es un grupo electrógeno arrumado,

¿con qué cuerpo vamos a morir?  
Parecemos raperos al repetirlo  
monótonos: ¿quién soy?, ¿cómo entonces  
voy a morir?, ¿quién soy?, ¿cómo morir? Y el eco  
profundiza las caras y expande la noche.  
El poeta Gabriel Gudding dice que morir es cómico.

Por mi parte, debo confesar que yo también disfruto de este mausoleo con horario de burdel, y no por masoco. Es por entero sorprendente que de 1-5 am aprox seamos dueños absolutos de la inmensidad, con sus susurrantes imágenes en aerosol. Y eso cada día, cuando mirando por la ventana de la of., como esta mañana, o camino al banco nos daba la impresión de que el largo de las calles de siempre indicaba una medida. Hay una lírica inversión estadística en que cuatro horas silenciosas sean más importantes que el resto ya no del día, sino de nuestra existencia. Son las horas de la verdad. Por eso gusto de la noche, como verdad, como dervad.

III

A veces el mar respira  
con técnica de meditación vipassana  
y de repente sentimos un acuerdo  
entre las circunstancias y el significado.  
Todo está bien; hasta las camisas  
oxford de los burócratas  
mientras se apuran meramente  
funcionales a la subsistencia

de la colonia; todo es amable,  
inclusive el contenido de la pequeñez.  
Anoche soñé con mi hijo.  
Su fisonomía hermosa resaltaba  
sobre la bisutería flotante  
de una ternura que se volvía  
amnesia. Me disculpaba  
haber hablado todo el día  
con playback en el trabajo. Todo el tiempo  
parecía perderlo pero un murmullo  
sordo y continuo lo sostenía.  
Al despertar, persistían su rostro  
y el sonido, o mejor, el sonido  
de su rostro. Esclarecer, descubrir,  
modelar son operaciones sonoras,  
aunque el sonido deba ser apenas  
un hilo, el rumor persistente  
y a la vez disperso de una fuga  
en el tanque del wc. Disperso  
sobre todo, como un chorro de orina,  
para que entre los intersticios  
se forme el pensamiento.  
Pensar; pensar en alguien  
y amarlo se parece a (oír) orinar.

Creo que envidio a mi hijo más  
de lo que lo quiero, aun si lo quiero más  
que a este día adorable  
en que todo rompe filas  
y todo se reúne después  
en un funcionamiento perfecto  
como si en un segundo momento

los lóbulos frontales introdujeran una masterización.  
Él únicamente tiene veinte años  
y pómulos llenos y semillas pegadas en las suelas;  
él no ha padecido muertes  
aunque haya perdido dos abuelos;  
recién se morirán  
cuando él cumpla cuarenta años;  
él encuentra en todos sus instantes  
este mismo ruido de fondo  
y aun si se siente muy triste  
no puede dejar de oírlo.  
Él oye el canto submarino de las ballenas.  
Nunca pierde el significado  
porque jamás pierde esa frecuencia.  
Necesito una tarjeta telefónica  
de diez soles, impagable  
para 50% de peruanos indigentes.  
Voy a llamarlo  
antes de que un inopinado operativo  
policial en mi conciencia  
me haga caer como montado  
en un kayak de nuevo  
a mis cuarenta años.  
Le diré que estoy escuchando orinar a los perros;  
que estoy liberado del tiempo  
o que admito ahora que este día  
podría ser igual de hermoso  
sin mí. No importa que lo suyo  
sea enteramente lo contrario,  
bien asumir el día como un ofrecimiento personal,  
bien que las ballenas no se cansan de tocar nunca.



**Le diré que todo ha sido una historia**  
bajada de una página australiana  
y que es preferible crearla.  
Oye muy fino, como un psicótico,  
oye los infrasonidos, y enseguida  
cesa de entender.  
El *modo lidio* de los sentimientos  
disfraza no saber a quién esperamos;  
es una forma de encubrimiento.  
Pensar en ti es pensar en ti y  
algo más que ya devoran las hormigas  
dibujando una forma abstracta o una diadema.  
Si Fico, que es filósofo,  
lo llama sentido,  
digámosle nosotros música clásica.  
Yo la escucho aquí fugazmente,  
yo la palpo con sensores de Wii  
incluso mientras los turistas  
filman nuestra pobreza;  
tú la oyes en París, sentado  
frente al Sena, en la estela de los botes-restaurante.  
Hasta mi madre la escucha  
entre las ranuras de los nuevos clósets,  
urgida de alquilar tras treinta años su casa.  
El único que no la escucha es Marvin,  
cubierto por hipertónica hierba.  
Que sus canciones pélvicas  
y su garra de heroinómano  
nos empujen a seguir esto  
que ya te dije, es un relato extranjero;

un descomunal microondas<sup>3</sup>  
donde giran sin enlazarse  
nunca ni formar cadenas  
nuestras incitaciones de tal modo  
que sepamos lo que queremos  
una vez frente a los grandes almacenes.  
Yo quiero a mi hijo;  
su voz en el teléfono es un jacuzzi  
recirculando agua sin impurezas.  
Mi hijo tiene veinte años  
y los aductores armoniosos;  
veinte variaciones sobre un tema  
colgándole siempre de los rizos del pelo.  
Los fulgores de su pelo son su autoalimento.  
Él no habla con mi madre  
ni necesariamente, ni únicamente,  
de la muerte. Todos vamos  
a morir cierta vez, quizás lo sepa, pero  
hoy, aun avanzando, callando a unos negocios,  
despertando a otros, es imperecedero.  
Hoy yo creo que puedo morir  
y que mi muerte será la imperecedera.  
Nunca pensé que la muerte  
pudiese ser tan extensa  
como la vida mientras se aguarda  
que un suceso focal compense  
el hormigón del cielo encapotado;

---

<sup>3</sup> Aníbal Cristobo, poema "03. Quim: Reflexiones desde el observatorio" (capítulo 02: "Una línea de investigación"), Barcelona, 2007, proyecto para una teleserie en verso.

y ocurre, solo que lo reabsorbe el duodeno.  
En vez de eso, lo que miramos es la caída  
del atardecer

y los operarios comenzando a empaçar  
sus alicates y desarmadores;  
ojalá uno hubiera puesto un punto de cable  
en mi conciencia de forma que mis deseos  
se alinearan ordenadamente  
siguiéndose sin atropellarse  
en un impecable velódromo.

Mi hijo no tiene orden ni lo requiere;  
lo suple con una velocidad continua: esquía,  
confía.

Lo habría dañado menos  
a él, menos a Malvina y María Elena,  
la estridencia de mis remordimientos  
no habría interferido tantas noches  
el campo magnético de la voz  
de Marvin. Habría sollozado  
tan solo debido a su música.

Ya lo veo. Esta noche  
bajaré al desconsuelo  
y subiré al insomnio.

Desde el Tíbet del desvelo  
contemplaré a mi hijo sentado en un café  
convencido de que está solo o aburrido.  
Eso le pasará muy pronto,  
tiene veinte años.

Es cuestión de que permanezca sentado  
sobre su proyectiva silla vienesa;  
ella lo transporta desde cualquier lugar al cielo abierto,

sobre una masa afectiva.  
Regenera un star-system de anhelos<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> El anhelo suministra la dicha / pero no la respeta. Si su orca / interna ataca muy violentamente, / desata su contrario. Sale de los dedos / como el rayo gamma de un superhéroe / y dibuja un aro con la Nada adentro. / El aro nunca es geométrico del todo, / es una irregular argolla de llamas. / Circo del anhelo, tigre atraviesa el desconsuelo.

**Es una bella imagen.**

Sostenerla es un modo  
de pedirle perdón.

Quiero ir a describírsela  
a mi madre si resisto  
la liposucción de mis pensamientos.

Un pájaro carpintero, fanático  
de la muerte como el chairman de un laboratorio,  
ha picoteado por excesivo  
tiempo mis nervios craneales; ahora  
todos mis recuerdos usan sus colores  
de coleópteros y flores solo  
para construir las imágenes  
de un suicidio on-line.

Mi hijo no querría nunca verlo;  
si algo muere, él nada más percibe  
cómo termina fundido en el aire  
donde unos sudan, otros sudan y sueñan.

Tal vez ese sea el único  
video que yo le pueda  
regalar a mi madre. La muerte  
ya es nuestra madre. Mi auto  
conoce el camino.

Como un colibrí con parachoques  
atraso la red cosmogónica  
del parque. La luz del ocaso  
es la más dorada. El grass  
reescribe sus memorias. Voy  
a visitar a mi madre.



de **LOS HOMBRES RANA** (2012)





## LAS NUBES PERMANECERÁN LIMPIAS

No para las futuras generaciones  
sino alrededor de mi cuerpo  
he construido, sin ser vidriero,  
un cubículo transparente.  
Mis cadenas asociativas,  
que las tengo, dibujan  
adentro una deidad de dolor.  
Lento blablablá inaudible  
tallado en hueso que me hace  
compañía y después llama  
a la manada de humanos.  
Pueden venir los reporteros,  
pueden venir los artistas visuales,  
sus egos en bolsas plásticas,  
con la doble ganga de que una imagen  
de devastación sea a un tiempo  
una escultura efímera.  
Yo estoy adentro, vuelto un plano,  
es decir afuera de lo que yo mismo  
pueda representarme, como  
si llevara un pendiente  
sin oreja. Tengo una estrofa,  
tengo un peine; lo que no veo,  
pegado al vidrio, es un peinado  
que además sea un hombre,  
posea una canción.

## ESTAMPAS COSTUMBRISTAS

Con un reloj a prueba de agua como todo arsenal de defensa, no puedo hacer frente a tan desmesurada obra. El sol habla en lenguas muertas, los jóvenes tocando el amor en sus iPads también forman aureolas calcinantes, el fósil ha existido, ha brillado: y mi sensación es la de estar dentro de un hongo de fuego que asimismo es una tabla de multiplicar. Y casi he olvidado mi misión sin desconocer que se relaciona de algún modo con usar el fervor como acupuntura. Fascinado por cómo se parece la vida prometida a un infortunio, descuido insistir. Cada gesto busca realizar su película biográfica con tal que lo que finaliza en deprivación empiece con la escena de un embarcadero. Y estoy recordando: mi tarea se asemejaba a la de un carguero, estar en apuro siempre, colmado de materiales distintos. Rumbo al mismo menú vegetariano, mi fracaso vence mis hombros con la delicadeza de un don inoportuno. Me consuelo imaginándome a la deriva aguas adentro donde el vacío no se discierne de la fecundidad y la tersura y la intriga prosiguen, para ampollarnos los brazos de nuevo.

## NOCHES CONTABLES

Hablar de sí es una molestia  
y dirigirnos a otros ya estar dormidos.

Nuestra genial inconsistencia no pudo  
impedirlo y la parte del tesoro  
que nos tocaba de la historia  
de un país me arrastró  
hasta aquí.

Bajo un cielo también enfermo de  
laberintitis, dormir sentado, detrás  
dos almohadones, convierte  
la ausencia en proverbios.  
La penumbra de los seres  
que toqué sirvió para  
este privilegio, y tengo frascos  
sepias  
y también frases.

Y los jóvenes afuera, entre  
los cuales yo mismo arrojo  
piedras por virtud, no se enteran,  
acosados por el afecto homosexual del dinero por el dinero.  
Marchan, están marchando  
con un súbito deseo de ser padres,  
comenzando a morir en ese instante.

## LA MANUFACTURA DE UNA PIEZA DE CAREY

Con el romance de nuestras obsesiones  
podríamos construir una historia  
de los cibernautas, y poco más. Y aun  
así pediríamos dividendos. Por mucho  
menos los delfines obsequian una  
función de saltos, antes de que bajo  
la psicosis de lo diáfano el mar cese  
de ser creíble. Como ellos, yo vengo de rama  
en rama, debiéndolo todo al deseo de  
performar en grupo. ¿Me darás a cambio tu cuerpo,  
que sea al mismo tiempo un cuerpo social?

Dejo un consejo entre las cajas. Ahora  
que es política de Estado amar a los perros,  
por qué no se abrazan al busto de una liebre  
y lloran y lloran lo posible que no fue. Así  
es, así fue. Nuestra performance nunca  
fue, y llora una guirnalda de árboles.

## LA MULTITUD EN MARIÁTEGUI

Que yo sepa tenemos manos, pies, vellos más exquisitos  
en su procesamiento  
de data espiritual que el silicio de una computadora.  
Aunque somos  
torpes, con disciplina podemos aprender la postura de  
hatha yoga  
en que las extremidades entrelazadas forman un disco solar.  
Creemos con masa estelar, entonces, un lago o sociedad  
general en que tratarse  
sea como bracear y llamémosle circunferencia de los  
nadadores.

En un mundo solo para socios, ¿el sol lo sería? Él da pautas,  
rehusando ser prudente. Con energía todavía más que  
alborozo,  
concede a cada frente que incendia un destino, y a todos  
quiere hacer su pueblo.  
En la conflagración de las facultades siembra un árbol  
de probabilidades que distribuye el desear en partes  
idénticas y ningún haz

queda sin enigma. Entre tantas llamadas dulces, se hace  
fácil, luego,  
escoger nuestro fantasma apropiado. Las estamos  
oyendo: y queremos vivir.  
Arrojémosles cocteles molotov en las trompas de  
Eustaquio a quienes  
no escuchen ni sientan que demasiados cercos  
eléctricos sabotean

una banda comunitaria y producen a la postre un cielo  
sin pasos.

Ahí están ellos, los hombres, con sus élitros de apetito  
sexual. Los ignoran  
nubes digitales, los observan policías-centauros. Son  
muchos  
sin constituir una cantidad: son cuerpos. Y oyen. Así nadie  
no sabrá nadar.

## DÍA NACIONAL

Solo conectarse por medio de un vello en el escroto a una máquina de sueños para ganar todas las partidas de bridge en un crucero resulta más idiota que reconocerse peruano. Prefiero entretenerme observando a las hormigas ejercer su identidad local en sus palacios de troncos donde el tiempo es una rama de bonsái e intuir que las ballenas pierden su ser patrio apenas retoman su ruta ártica. A veces, como soy mirafloresino, me ocurre ver el mar del distrito e imaginarlo

inconmensurable, como si estuviera en ácido; pero ni en marcha reversa lo llevo a bañar los glaciares andinos ni lo cuelgo en los enormes árboles de la selva, hiriéndolos con una angustia horizontal. La más redonda de sus gotas no aglomera todas las nevadas de altura, menos contiene los augurios de la red de chirridos amazónicos. Sería confundir la parte con el todo. Y ciertamente el Perú es un todo, con muchedumbre de pisos ecológicos que soportan el dolor de un número todavía mayor de brazos y piernas. Rember es uno, yo otro, el heladero que convoca a los niños todavía otro más y a los tres un viento segregacionista nos podría insultar:

“sal del césped”, “blancón”, “cusqueño que turba la siesta de Lima con su bocina para vender helados”. Decirnos que solo muertos, en fichas, somos los tres el todo peruano.

## LETANÍA ANTIMINERA

Para mí es muy simple. Las lagunas están formadas por agua, el agua aparece poblada de bacterias, las bacterias, ciertos días acústicos, son arrojadas a la mente y crean poemas. Y se siente bien.

Otras veces el mundo, cansado de una fase lineal, desea una pequeña catástrofe. Queremos ir a bañarnos. Queremos recordar que somos oscuros y trágicos, y que la zambullida, además de piedras con macrocefalia, nos conceda más años de vida. Es tan sencillo como amar y ya estar sumergidos, encadenados al destino de un autómeta.

Sin esa experiencia del tacto no existen bañistas, sin bañistas tiritando no sobreviene el júbilo, sin júbilo no suenan en los alrededores los pastos.



## UN FLORERO EN LLAMAS

En el semáforo de Roosevelt y Carabaya  
los autos pasan en luz roja y frenan en luz verde. Pudimos  
pensar que se trataba de una nueva  
forma de estrellato y dedicarle como ofrenda un breve  
sketch

de nuestra vida en paz. Nosotros,  
sobre un avión no tripulado,  
que debíamos llamar nuestras ilusiones,  
también cumplíamos una simetría contra  
el buen sentido. O eras tú o era  
yo el que no acompañaba una  
ascensión aun si convenimos usar las mismas  
palabras para mantenernos juntos  
y formar frente a los objetos luminosos otra incandescencia.  
En cambio, volvía cada uno a su propia zona VIP  
a observar el poniente derrumbarse como un paciente  
obeso, incapaz  
de otra cosa que mímica.

Entre tanto, se nos acortaba el tiempo  
y claramente nuestra meditación giraba  
sobre un disco diminuto. ¿La muerte? ¿Dios,  
musculoso en traje de neoprene? “¡No, varón!”.  
Dos políticos con motosierras,  
sobrecalificados para sus labores —ya  
comenzándolas, con  
un clima hermoso.

## LOS OPERARIOS

Él me dijo: quisiera ser un alien. Yo le dije:  
quisiera ser un hombre. Urdamos  
un plan secreto, un tendido  
eléctrico. Ahora  
está visto que el koala, trepado en la copa  
del eucalipto, santo asexuado en el aire,  
no encuentra razones de felicidad  
para estar en tierra; desde  
la altura ve que la mayor generosidad de los mejores  
de nosotros es no arrojar basura a la calle.  
Nuestro trabajo de electricistas  
se producirá así bajo la superficie. Mientras duermen o  
fuman yerba,  
y la voluntad es todavía acordes circulatorios, les  
será adherido el cátodo  
de la reconciliación. Nadie  
habrá de ser excluido. Ninguno  
quedará sin descubrir la línea  
ecuatorial que transporta su soledad a la comunidad de  
los átomos.  
Tal vez, después que terminemos,  
todo esté por empezar.  
Un orificio de ballena en el cráneo  
para que reine el chorro de una facultad descubierta.

## **ATRIBUCIONES EN LAS ZONAS INTANGIBLES**

Bueno habría sido prenderse un escorpión negro en el cuello.

Habría sido, aparte, un gran paso para incluir la desesperación

entre los diseños de moda. Habría sido elegante, y lo lamento. Pero había que encontrar soluciones menos económicas. Seguro conocen las grúas para remoción de piedras. El dolor de ellas no sería suficiente.

A su semejanza, ofuscación y venganza cubrieron las alambradas donde crecen las bolsas arrasando todo lo que puede llamarse nísperos o esperanza de recoger. La acción ocurre en un tiempo mágico, corre del futuro al pasado y concede una familia etérea: así percibir es el recibimiento más solitario. No obstante prosigue el concierto en los oídos contemporáneos, ni calla el experto, y cómo matarlo, si no existen testigos.

## ADJUDICACIÓN DE LOS APOSENTOS

Vine con la promesa de que clasificaría tipos de pastas  
y en cambio me dispusieron cablear un territorio de pastores.

Cuando siguiendo el aroma de la prostitución, una abeja  
nevada llega  
a una flor neumática, pienso que no cesará nunca la  
producción de nutrientes.

Luego me alegra olvidar el nombre de la semilla, ya que  
quién desea seguir siendo  
el mismo sujeto por virtud de la memoria en vez de las  
ocasiones del cuerpo.

¿El césped será feliz cuando levantado por la podadora  
moviliza  
la felicidad a lo largo de mis facciones? A veces reposo  
en el césped muerto.

Aprendo que cada uno es la desilusión genérica del otro,  
pues aunque el confidente  
universal inserto en todos me deseó bien, vine con un  
objeto y no fui complacido.

De la zozobra trágica de Pedro Parker, el de los rascacielos  
piadosos,  
sostengo no tanto la suspensión como la renovación de  
la equidistancia.

Pero mi imagen obsesiva es una cena pascual, sin racismo

invertido,  
sin que las etnias sean las que desprecian ahora nuestros  
organismos contaminantes.

Este es un sitio raro, con una jovialidad a futuro, como  
en una cámara oculta,  
para invitar a pasar. Cantamos a capella recetas para  
eliminar grasas.

## TSUNAMI EN SENDAI

Con todo el desenfreno que expuso,  
llegó aquí muy parecido al verano,  
con vistas y noticias tenuemente excitantes.  
El agua parece un buen medio.  
Pasado un día, los muertos se desplazaban pacíficos,  
con una suerte de esperanza  
junto a casas, autos, árboles de ciruela  
obstinados en probar que todo es marketing de todo.  
Delegamos sufrir por ellos a los corresponsales  
de catástrofes y en nuestro  
tuiteo interior nos preguntamos  
si porque Japón se ubica a igual distancia  
que la edición de nuestros recuerdos  
nos resultaba imposible  
pensar en los que murieron filmados.  
Sí pensamos que la flora y fauna  
que los cubrió, para nosotros, amapolas  
feroces, es pasto reseco y tugurios,  
y agradecemos vivir  
de contaminación visual.  
Éramos inocentes por no tener destino.  
Mientras se extravían en ductos, en  
la superficie nos llaman sendas.  
Se restablece la normalidad, una  
confianza que toma prestado el modelo  
del tedio, y horas de sueño perdidas,  
un horizonte de promesas por perder.

## SERENIDAD DEL RÍO (HOMENAJE A MIKE TYSON)

Ni que como niños que despedazan moluscos en la orilla  
fuéramos asesinos  
en serie.

Y no obstante hemos asesinado,  
siquiera a la parte menos putrefacta  
de nuestra alma.

Hay una secuencia que siguiendo  
la posición del poniente en estío  
he querido comprender  
y él no me podría explicar.  
A saber, uno descubre una abeja, sigue  
con alegría sus zumbidos y ejecuta  
con su atención, para el mundo, también música de cámara;  
instrumenta, quiere decir agradece: cuando  
sin aviso, inexplicablemente, las Variaciones Goldberg  
terminan por ceder a un silencio ominoso.  
Todos los pobres quieren construir un segundo piso,  
todos los reinos pululan en el sótano  
y tal parece que, asimismo, toda armonía  
debe concluir en un cuadrilátero de box,  
después del KO, finalizada en lobreguez interminable la  
guerra.

Por qué, tampoco sabría explicármelo,  
pues no le servirían las verdades del dolor  
que obtuvo de tatuarse espirales en el rostro.  
Y él, que perdió a una hija, dijo que la  
mayor desdicha no es dilapidar dinero.  
Las maras, sus antiguos vecinos  
de cuadra, pistoleros por una fracción de salario, no estarían

de acuerdo.

Fugó con las nubes, ratas angélicas,  
o con el exterminio acompasado entre pandillas,  
muy lentamente, y pese a ello,  
incapaz de formularse entre un pensamiento y otro.  
Ocurrió lo mismo incluso con los gimnásticos  
traseros; con todo, en realidad.

De repente llegamos hasta esta entrevista,  
no muy seguros de que algo cambió de veras  
o lo hizo para bien, aunque afirmándolo,  
sin malicia, ya únicamente por un efecto de duración.  
No es cuestión de conversarlo en este instante,  
menos si no pudimos vivirlo.

Quedémonos nomás con que ahora somos buenos.  
Están los trajes oscuros, las sortijas, las pulseras, sus brillos  
que remedan la luminosidad de un destino.  
Si hay prisa o negación, son de otros hombres.



## RELOJ DEL INSOMNE

1

Apenas en un satélite cercano, yo tenía  
padres, hermanos y un hijo  
a los que veía, en mis ratos de sopor,  
levitar bajo la cascada de luces  
de un patrullero que fuera benigno.  
Sentarnos juntos traía aburrimiento,  
que acumulaba sueño y en sueños  
yo regaba un ciprés. Así el aparato digestivo  
hacía su trabajo, la vista  
era lavada. Un  
edificio nuevo, un jean rápido,  
un paseo a islas  
tan calladas como un divorcio, cambia  
todo y no fuimos excepción. En adelante  
no pude cerrar más los ojos.  
Serían mi campo de hongos alucinógenos  
al tiempo que los demás caminaban  
por sendas pagadas con su propio peculio.  
Abiertos sin cesar, al silbido de eventos  
reunidos al fin y al cabo  
en una ceremonia de té. La contemplaría  
sin fe por siempre. Sin descanso  
miraría la muda sílaba dejada al irse  
por otros, mientras duermen.

Todos los comercios están cerrados,  
prematuramente eternos, para ser copiados  
por un pintor oligofrénico, y las cactáceas  
se automutilan. ¿Qué diría si en el momento  
que los pinta debajo de nieve  
descubriera que todos me sonríen  
y tienen mi mismo rostro? Sería  
el actor famoso y cuanto más amor  
recibiera estaría más abandonado,  
enceguecido por el arte de esperar.  
No existe más remedio  
que subir al salón de billar demolido  
hace veinte años y lanzar las tres bolas  
con la esperanza de que conduzcan  
a un lugar de veras habitado. Y lo  
denominaría vigilia de los afectos  
y más adelante reposar.  
Es una jugada que pienso hace mucho  
oyendo a los que vuelan de noche.  
Minucias del cielo: poco a poco,  
al caer dormidos uno a uno, suspenden arriba  
la utopía de un solo fin colectivo. Lo  
añoro y lo toco, con yemas  
difusas. Yo viajo despierto; quedo apartado.

No por consultar una central de riesgos ahora  
que parece nunca, conocería qué monto  
de mi sufrimiento fue necesario para  
formar una ensenada adonde yo mismo  
voy a tomar fotografías, antes  
de mojarme los pies como un sabio. Es tan simple  
saber que sobreviviré siquiera hasta  
que se haya degradado el último  
de los desechos plásticos; y que todavía  
después mi estupor quedará resonando  
junto a los que se inyectan en la madrugada.  
Ellos dicen cuatro, yo cinco, también  
compasión, y así la penumbra,  
sin soluciones, vuelve a su estado de origen.  
La iluminamos con el metano remanente  
de nuestros recuerdos. O con combustible  
rociado sobre cadáveres, si  
ya están extintos. Los demás me ayudan  
en esto, nomás por ser moscos  
un instante sí, y otro no, existentes;  
solo por la chance de construir un clan,  
aunque su aleteo al cabo no adormezca.  
Y pasa la niebla hacia sus barricadas.  
Mundos incomunicados forman pupilas  
con destino de cometas.

## VISITA

El efecto es que han vuelto los pterodáctilos y después que los personajes regresan a la pantalla sin despedirse, con una sortija de serpiente que también es mía.

Puedes llamarlo momento de la molécula gigante o salto invertido del motociclista o si quieres, también, comprar felicidad con los romances de otros. Y las coordenadas son muy simples. Otra vez un 1 de oct., de nuevo el mar, según es costumbre, otra vez el fuego incoloro de los cirrostratos resueltos a unificar las eternidades múltiples y doblar cada pestaña bajo una idea de multitud. Así ocurre, al pie los espigones de piedras pestilentes; más cerca, algunos que se aventuran a escanear con sus cuerpos el inconsciente del agua cuando todavía no es la estación. Es así, tradicional. Un día que coincidió con el pronóstico del hombre del tiempo. Quien quiera comprobarlo puede venir al malecón y mirar y oler y urgido por una fuerza venida de lejos, orinar sobre los geranios y las campánulas como si su pene fuera un telescopio. Es vernáculo, y los personajes, desapareciendo, tan solo legan tácticas de supervivencia, soplan primero un desierto interminable, soplan luego una ruta de la sal.

## LAS COSAS PARA SIEMPRE

Varios asuntos concurren en la  
decisión de criogenizarme: el  
enojoso diferendo marítimo entre las aves guaneras,  
su nueva derechización; sobre todo  
que mi conciencia se conduzca como encuestadoras  
con resultados diferentes murmurando  
a mis emociones las órdenes de un desconocido cazador  
de talentos.

A propósito, los que decían que  
solo llegarías hasta donde una inspiración insular resolviese  
¿no calcularon que en el camino a tus archipiélagos  
tu deseo de ir más allá mudaría  
a cada paso mi marca de nacimiento?  
En suma, había que detenerse.  
De la bulliciosa socialidad de las granjas de puercos ahora  
apenas me importa su infancia rosada. Su  
chiste ingenuo me enternece mientras  
descanso. Que sea durante  
el milenio el partido de tenis que disputan  
la sombra y el silencio, que también  
duerman los compradores de deuda y que nada,  
ni aun las paces con los alimentos de la tierra,  
perturbe mi reposo.

### TERCER INTENTO DE ALUNIZAR

Para ustedes, revancha  
y, según juzguen, también el conocimiento de  
que las todoterreno poseen zonas erógenas  
y con entrenamiento pueden descubrirlas.  
Suerte, suerte en el ensayo!  
y estrellas de cinco puntas  
como orgasmos múltiples inéditos en varones.  
Por mi parte, yo me colocaré un enema  
dirigido desde el ano hasta el cerebro.  
Tengo un monolito en la lengua  
y ha calcificado asimismo en la materia gris  
y afectado funciones primordiales;  
me es urgente removerlo.  
De resultas, no puedo pensar,  
con todo lo que se parece a no poder eyacular ni tripular  
una fugaz rosa centrífuga.  
Solo percibo semáforos y árboles  
dispuestos según un programa de planeamiento,  
y nubes mensajeras de orden y ornato;  
todo lo contrario de decirse a uno mismo,  
con voz de grabadora, que un tren llegó a la tierra  
para consolarnos pero nos pasó  
y “al pasar, pude con mi pelo prender el aire”.  
Hubo una vez que lo dije, ciertamente, recostado  
en un declive,  
y un can cojo, complacido, me plagió el verso.  
Lo vi alejarse en tres patas y atravesar sin cuerpo un cerco  
perimetral  
camino a los montículos de sobras.

Pensar, se me ocurre, debe ser lo mismo  
o ponerse un enema; mientras en el mundo  
las demás caen, sus aguas heréticas suben,  
las ideas asimismo fluyen al revés  
y el ser, alegre, encuentra comida en los cráteres.  
Venus Redentora de las Asimetrías,  
para parques que comen abono, vomitan tórtolas.

## EL CERDO HABLA

No me compadezcan por confundir comida con estiércol y estiércol con cama. Así, sin separar, estoy a gusto. La analidad del cielo a ustedes, en cambio, cualquier hora les precipita un bus de pasajeros encima mientras aran su campo y habrá que contar una víctima más. Ahora, hablo en metáfora.

Me refiero a destino, un restaurante llamado Paraíso, un viñedo sin límites, y luego salas de espera vacías de pronto, de las que se tiene que salir incluso con lágrimas de gratitud.

Aquel momento se presenta, sin que los libren cuentas offshore con las que adquirieron campos para lotizar. Llega y ya estaba siempre, presentido en un jarrón de flores. No me perturben mientras sucede.

Yo estoy en paz, en una piedra del río, contento con mezclar. No retengo mi propia desgracia. Tomo agua cristalina con mi hocico y cago en el río.



## **OTROS EN LAS GRANDES PRADERAS**

Estábamos hablando del arte del toreo  
y de cómo los hombres aniquilan a las bestias  
y cómo los hombres aniquilan a los hombres  
incapaces de romper una circularidad  
envueltos en un murmullo desigual  
que nos cubría de estratos perdurables  
lo demasiado abierto de un pasar  
hasta que nos pareció que el repentino  
ingreso de una vaca en la playa  
supondría un arreglo  
y después quedamos en silencio  
y se nos antojó un modo más digno de ser  
siempre que fuera para siempre



**HOYO 13: NOVELA BARRIAL** (2013)

[Texto completo]



## -CAP. 1-

Que fuera al hoyo 13, meditara tendido sobre las diferencias  
entre paraje y paisaje

y sintiera, según han dicho muchos, que también la soledad  
semeja un estadio con afluencia de público.

Eso me daría un atisbo de mi vida, como un profesorado  
y quizá podría concebir bellos preceptos del silencio  
recogido.

Fue lo que le escuché.

Yo me ofrecí a prenderle el cigarro con mis pestañas.

Es todo lo que puedo brindar, una visión calcinada.

Siquiera a los insectos les parecerá la fogata de un camping,  
para ir a morir en beatitud:

no he perdido la generosidad.

Es increíble, mientras tanto, cómo cada objeto imita una  
joroba de camello.

Se ve una elevación exótica y enseguida falta de agua y  
desierto

y así sucesivamente hasta que al llegar al borde de un  
muro en construcción

tenemos la impresión de haber estado mucho tiempo  
de viaje.

Largo tiempo de ausencia, largo tiempo de ausencia dicen  
los buzones,

largo tiempo respecto a paraje o paisaje, como  
estar cayendo sin fin de un dromedario.

Y dar con el muro, con su infaltable escudo pintado por  
barrabras.

No queramos convertirlo en una casa.

Un escudo de fútbol no es la salida de un laberinto de  
setos ni un libro de proverbios.

La vida no es una casa.

Han pasado veinte años y siguen cayendo esquirlas desde  
una mañana en que el piar fue más fuerte.

He pensado que podría llamarlo efecto acelerador del  
canto

pero no una casa, menos todavía un kimono para evocar  
escenas.

## -CAP. 2-

Si caminamos junto al muro apoyando el dedo índice por  
tiempo suficiente

más que una vuelta a una sociedad pre-Estado,  
experimentaremos

una placentera sensación de continuidad

que nos convence de habernos convertido en una bandada  
de gansos del Ártico

migrando a través de la cabeza de un santo.

Altitud, no teléfonos públicos, nos separa de los otros  
seres

y en nosotros mismos se distancian dos motivos,  
perpetuidad y urgencia de cobrar.

Más tarde, en la verdulería, hablamos de que la felicidad  
no tiene precio.

Llega mi hermana, con noticias.

Dice que debemos sufrir más para que nuestra vida entre  
a la lista de los clásicos.

“Cuando pasamos —respondo— de la sala de almace-  
namiento del útero a la línea de montaje de la vagina,  
antes de que nos recibieran los ortopédicos guantes del  
obstetra, nuestra madre

desconocía del todo que nos depositaría de veras en un cluster portuario y, mira, cada sentimiento sublime ha existido a cambio de mantener tasas exponenciales de rendimiento.

¿Para qué quieres otro tinte para dañar de otra forma el pelo?”.

Se despide y si abnegación, esparcimiento y dulzura fueran vestidos en una percha, la suya sería la mejor tienda de diseño de autor.

Empieza a llover exclusivamente sobre mis hombros y solo la certidumbre de ser el único miembro de una conspiración

resulta más intensa que la tristeza de que la mitad de mis recuerdos con otros sean un tema inédito.

Océano amado, donde los vi veranear a ellos, eres una necrópolis de miradas.

¿Con tantas flores, los cementerios serán entonces viveros en la percepción de los muertos?

Sus mismas horas extras bajo tierra las dedicaré esta semana en la of. a cuadrar gráficos.

Me desfiguraré la cara cubriéndola con una media de nylon para comunicar mi idea de integración social.

Envidio al robot al que le enseñaron en varios idiomas a decir “amor”.



### -CAP. 3-

Visito a mi padre usando un eyector de pilotos  
que me proveyó el remordimiento  
y hablamos durante todo un segundo.

Mi hermana, en estos instantes, va más lento al campo  
santo para colocarle gladiolos frescos.

Llorará frente a su lápida, entre el susurro de los cipreses,  
hasta coger un resfriado.

En el mundo de la pena tal vez sea posible colgar una  
lágrima en un estornudo, como hace ella,

pero en tierra firme, aunque tuvimos por maestro a la  
luna creciente, no es dable

completar un día feliz con las personas.

¿Son armas computarizadas o simplemente transhumanos?

Y hasta pueden separarnos las manzanas,

mientras cada beso que nos damos desesperadamente  
es con labio leporino.

Yo crecí con la idea fija de componerles un cancionero  
inspirado en la melancolía de mi miembro

y solamente hemos podido hacer compra-ventas.

“Escoge de regalo lo que quieras, ¿naranja o plátano?,  
¿entendimiento o ansia?”.

El verdulero es fino en sus detecciones y lo debo llamar  
un semejante.

Le digo que en mi hora de gloria noté que todos quieren  
expresarse con lenguaje de señas

y el resultado es una función de magia sustituyendo a la  
vida en colectividad.

Pese a todo, siento una voluntad de complacencia, parecida  
a una producción de cera, deslizamiento  
de morder una naranja.

La vida no es una casa, es un panal misterioso  
donde se puede tirar.

Explica la existencia del mal por no haber contemplado  
con propiedad una fresa.

Estornudo fugaz de mi hermana, ahora se esparce con la  
rotación de la tierra.

Como contaminación ambiental.

#### **-CAP. 4-**

—En diciembre iré a las quebradas de cascajo.

En enero imitaré los sonidos de una caracola.

En febrero los días más largos sumirán mis percepciones  
en una nobleza ceremonial:

confesiones que solo se hacen dentro de un transporte  
elevado.

Para marzo, habré entrado en éxtasis,

enloquecido por el murmullo de la barba creciendo  
y me preciaré de ser el dios de las onomatopeyas.

Los que sufren podrán confortarse en mi cuerpo.

Cada uno tendrá su grano de maíz, palomas mías,

mientras él alcanza el diseño de una aldea circular: anillos  
de caña

que alguien hace modelo para escribir la vida de un  
iluminado.

Más tarde me asaltaré un periodo de absoluta amnesia,  
seguido de una calmada extroversión

en que le diré madre a cada árbol, padre a cada muerto.

En junio avanzaré entre la niebla baja

y en julio volveré a la verdulería, antes de pasar a la

peluquería,

asumiendo los ciclos del barrio, para hablar de carreras.

Hasta la vista, verdulero, mis respetos. Sus paredes con fruta son buenas cavernas para proyectar mis días venideros en sistema tridimensional. El desfile del aire invita a un destino por cristalizar.

No sé por qué nadie ha comparado antes el futuro con la

forma y el pasado con la materia

ni advertido que la calvicie del verdulero formula una vía

ascética.

Tal vez estaban muy ocupados en extraer de sus recuerdos

una consola con valor de recambio.

Adiós.

Ahora me voy adonde los peluqueros, y ya que discutiré

de caballos, haré una apuesta:

en la cuadra intermedia tengo suficiente olvido para ser

inmortal.

## -CAP. 5-

¿Pero quién no tiene un amor secreto?

Se cuelga en el pino con adornos y se llora en Navidad.

Así Tino y Alberta se siguen escribiendo cartas que navegan  
del Polo Norte a la Antártida.

¿Seré yo el único sin una historia que la contemplación  
de los dedos índice y medio suscitaría

y la política iba a arruinar?

A este respecto no recuerdo nada, excepto caras hermosas  
que al abrir los ojos

ya eran hielo derritiéndose en los vasos de una barra,  
cambiando deseo por sonido.

Esta cuadro intermedia es la más triste del mundo.

No tener entre las cicatrices de las operaciones también  
un nombre tatuado en alfabeto cirílico

ni haber pintado durante veinte años una naturaleza  
muerta con mariposa y pie.

Los Narradores de los Árboles, envueltos en sus meditaciones

botánicas,  
carecerán de un motivo para un nuevo relato.  
Observándome desde las ramas, pensarán qué pobre  
tipo, solo tuvo una vida, una cuadra  
y de pronto sobre la cabeza una de nuestras plumas caídas.  
Coronaciones de la ligereza, pero  
si la felicidad es el efecto producido por dos velocidades  
contrapuestas,  
pasa un camión a mi lado, aquí frente a la botica, y ya  
está,  
caigo atrapado en ella, sin discernir entre tristeza y  
deslumbramiento,  
todavía no recuperado del jet-lag de haber nacido.  
Ya que no tengo un amor secreto, tendré ese secreto.  
Lo mismo que cortarse el pelo  
y conseguir un pensamiento inesperado,  
pasando de ninguno a cualquiera.  
Soy un travesti, y las ventanas con matices cambiantes  
también.

## -CAP. 6-

Se parece a nadar estilo libre incorrectamente.  
Se parece a un empleo insuficiente de la libertad.  
Se parece a ser interrumpida por los perros del barrio  
    cuando llego adonde los peluqueros  
y me cuentan cómo en sus años de adolescentes, la felicidad  
    se condecía  
con perder en el mar una sandalia.  
¡Una sandalia en que habían gastado dinero y en la cual  
    bamboleándose se iba y venía la moda  
y la figura de ellos sobre la orilla se borraba y aparecía  
    una época más adelante!  
Como los primeros seres vivos, digo yo,  
en las mismas estructuras sociales.  
Qué bueno es que los peluqueros, con sus chaquetas  
    blancas de doctores, sean solo ellos mismos,  
hablen mientras trabajan con nuestro reflejo, se esmeren  
    en seguir las líneas del destino de la cabellera;  
no cobren por hacer preguntas sobre el pasado.  
Yo les dije que un amor secreto existe para hacernos caminar

y darnos de bruces con su local de repente,  
soportando la perla del mundo.

Procedimos

a la vez que mi hermana, al fin de su visita a mi padre,  
pensaba que no es así,  
que el mejor amor acontece entre un organismo activo y  
un organismo yerto.

El cementerio de pastos verdes como el modelo de la  
mancomunidad.

El hipódromo, para ellos, como regresar espiando huertos  
después de perder en las carreras.

Raro salir de la peluquería, con el pelo recién cortado,  
portando un milenio de paz en la cabeza.

Quisiera nunca más hablar.

Saludo nada más por telepatía.

A cambio, pequeñas voluntades niegan que exista el  
silencio, la puerta gimoteando.

Experimentarlo es un teleférico,  
abajo la gente teniendo penas y haciendo los ruidos del  
sexo.



## -CAP. 7-

Me hicieron adiós a lo lejos.

Ellos se quedaron con mis hebras, yo bajo los letreros

rotos,

observando cómo mi pelo barrido se elevaba junto al de

otros clientes

para formar un medallón de las efemérides del barrio.

Retorno a mis asuntos domésticos.

Si todos fuéramos monumentos, y todos los monumentos

fueran estampillas,

entonces las plazas viajarían de urbe en urbe

y los que leen correspondencia sentados en bancas

se confundirían en la única bondad de alzar la vista y ver

a dos palomas aplaudir al montarse.

¿Por qué la bondad es un susurro y la lujuria sí es un

sonido?

El sol empieza a molestar, el deseo

de tirar, recorrer una vida en espiral y a la vez estoy perdido

en mis propias calles, como el resto de los vecinos humanos,  
esperando el bus de Calcuta.

Me gustaría decirles que la culpa no es de ninguno  
y que los buenos deseos de cualquier peluquero se  
transformaron, nada más

por un asunto de tiempo, en desechos tóxicos también  
flotando en círculos en aguas de altamar,  
un asunto para meditar en bermudas.

Esta no solo es la calle más triste del mundo, también es  
la de los erectos  
deseando solo aquella fracción de los destinos concedida  
a los orgasmos.

La lujuria y el tintineo de otro retiro de billetes en el  
cajero no podrán guiar a nadie.

Por fortuna, recibo de mi nuevo peinado instrucciones  
de vuelo para los sueños que tendré en la noche,  
y sobre todo para llegar a su edificio,  
bouquet de mayólicas discontinuadas.

De la chica que veo una vez por semana.

## **-CAP. 8-**

Si no parece una teleserie en que lloramos con colirio,  
entonces no es verdad; si una ruptura amorosa  
acontecida en otro continente no arriba  
como una enzima del afecto, entonces tampoco existe ella.  
Entretanto, voy a su casa.

En consecuencia, sí se trata de un paisaje.  
Así como los árboles convierten en celulosa la contemplación,  
la duración pasa a ser intimidad en las fosas nasales.

Halo solar y  
aló, ven, te aguardo.

Ondas de celular que interceptan los gametos.  
Así el arquitecto sentimental diseñó  
una ciudad comunicada exclusivamente mediante pasarelas  
buscando que fueran iguales estar en movimiento y estar  
suspendido,  
o estar vivo y caer exhausto tras un encuentro.

Los dibujos quedaron en planos

exhibidos en urnas de cristales.

Tal vez ha llegado el instante en que deba colgar en cada

uno un diente de tiburón para que, siendo viejos,

sean también adolescentes que realizan el saludo

hawaiano de los surfers.

Imaginen que acumuláramos juntos en un solo aliento

las bacterias de la respiración.

Formaríamos un dirigible de oxígeno

que dejaría atónitos al resto de los hombres, incapaces

de prestarse la página de deportes o escuchar el reggae

de su monomanía.

No restaría sino colocar en los corazones cintas sonoras

con los ruidos de la nieve

a la espera de inventar un nuevo modelo de relaciones.

También de artilugios sexuales, añade el edificio de ella,

lotos de un paraje.

## -CAP. 9-

La anciana que va a morirse sale a mirar, segura de que  
un enfermo terminal inventó las ventanas.  
Ahora que ve solo luces y sombras, piensa que su mirada  
es una mezquita de trinos  
y que la ternura y el micro que arranca son un mismo  
asunto: levantan las faldas  
y hacen luego susurrar un nombre.  
Quizá con un poco más de tiempo se daría cuenta cómo  
el órgano de la vista,  
a decir de mi hermana, fue concebido por un baladista  
del Cuaternario  
para poder contemplar eternamente con esmoquin y  
corbata de lazo a un padre muerto  
y reír después, con ojos turbios, con las formas del amor  
moderno  
cuando cruza un paseador de perros mimando a sus 10  
labradores.  
Bonito pensar que mientras tanto no distingue una  
esvástica del sol blancuzco  
ni los encajes de la cortina de las sutilezas de lo bueno  
y lo malo.

Pobre abuela, en cuanto las cortinas corren. Adentro  
quedará apenas una vieja figona  
y afuera carey y nácar harán su retrato infinito, la escena  
de una despedida.

Huevadas, replicaría el verdulero, sin contar con la muerte  
un sabio reconoce las cosas bellas;

viene a comprar piña a media tarde, carga cada una con  
alborozo como si se llevara la chica del verano.

Cómo será.

Cómo conseguirá la brisa que nuestro fetichismo más  
secreto tenga por objeto la línea del horizonte.

Cómo en un ascensor de espejos cuatro rostros  
reúnen la dulzura necesaria para besar con reverencia  
dos senos.

Ella dice que pese a todo la hago gozar.

Lleva un geranio virtual en la oreja que la hace más  
consistente.

En la red he visto tirar a una mosca con un teniente-  
comandante.

No sé quién es cuál en este llano de las prosternaciones.  
Amamos ver y también quedar en blanco.

Una película sobre el mar probaría que las islas surgieron  
para aliviar su narcisismo, su desamparo.

## **-CAP. 10-**

Hasta un faraón conservado tres mil años que olvidó  
cómo es la vida  
opinaría que los futbolistas abrazándose porque vencieron  
están llorando su ineptitud  
para persistir aglutinados y formar un nuevo tipo de  
monstruo.

Ellos intercambian banderines en alta definición, ¿por  
qué los que tiran no van más lejos;  
si son lirios irradiando un mismo espectro electromagnético,  
por qué no deponen las corolas  
y funden sus cuerpos en una única mueca de reposo?  
Se crearía un tercer género y la palabra amor solamente  
la pronunciarían seres vestidos en falda escocesa  
ocupados en contar todos los actos de veneración que  
dieron nacimiento a los deltas.

Cosa que cada uno vaya contento por su calle, con su  
dealer y su policía, con la información de que pertenece  
a un sistema erótico-fluvial.

Mientras, en este clímax de decorados, yo la amo a ella,  
ella me ama a mí y con el espejo sadomaso

en que nos excitamos de nuevo, formamos el casting de  
una trilogía.

No queremos ser sus primeras figuras.

Ni siquiera sus actores de reparto, todavía individuos

con mucho lapislázuli en los ojos

para embellecer historias del Bajo Ego.

Mucho mejor ser la toma extendida donde unas gafas

rotas se convierten en una bahía,

tanto más si luego es el periodo dinástico que debe

remontar alguien que regresa de las películas a su piso

y prende su lámpara.

Pero ella ya cayó dormida.

Vuelve, por lo tanto, a apagarla y recoge los residuos

varados por la marea al final de la estación

de modo que puedas reconstruir con macetas de begonias

tu espacio-tiempo.

¿Pero qué, no sería apenas una casa de agua?

Pantallas, pantallas, pantallas y después la realidad de

una puerta de vidrio

donde el solitario se acomoda el pelo.

Pago mi entrada; paso solo a la sala de cine.

Soy un cómico ambulante del apartamento.



## **-CAP. 11-**

Mi hermana sabe ser una madre adoptiva para los rayos  
del sol.

Amamanta con sus pómulos sus reclamos de perdón y  
renacimiento a la vez que absorbe sus proteínas.

Después, por una alameda campestre, donde permaneció  
mi padre, llega hasta la tele

y sintoniza un programa de chismes

rodeada de sándalo e incienso.

Si ella puede conseguirlo, está visto que los quinceañeros  
también serán capaces

de albergar en sus bromas un júbilo nuclear y enseguida,  
como si orinaran desde un puente,

de esparcir la soledad hasta la más distante estación  
meteorológica.

Ocurren tales cosas con frecuencia en los films de ciencia  
ficción

donde un capullo de cromosomas estalla dejando a la nave  
en un abismo luminoso, abandonada a la impermeabilidad  
de los hombres.

Hay que darles crédito,  
por ejemplo de marchar camino a la diversión del barrio,  
insultando bajamente a los pájaros y arrojando sobre la  
vereda  
escupitajos hasta formar un charco melancólico  
donde ellos con sus chicas ya han pasado a ser yo.  
Con ganas de ver películas en que el personaje piense  
con mis mismas palabras  
y diga algo así como que en una cama de agua una única  
dulzura de ondular hace difícil  
saber cuándo una gota en los cristales deja de ser éxtasis  
y se vuelve un símbolo de enclaustramiento.  
La vida sería, entonces, cama, curvas peraltadas y deseos  
de fuga  
y el actor debe descubrirlo mientras observa una camisa  
blanca y sorbe una taza de té.  
Mira que son las tres y que solo por ser felices  
los chicos depreciaron su juventud a mayor velocidad  
que el metal de los cables  
teniendo como fondo un mismo discurso presidencial.  
No quiere pensar en el silencio y el vacío  
y el silencio es bueno, hace a las películas comenzar.

## **-CAP. 12-**

Una cosa desesperada y pueril, tipo no recordar los  
nombres de las personas  
con que uno habló de flores amazónicas en una fiesta  
tecno  
o desconocer los apodos de los pájaros del residencial,  
¿así es la soledad, así es ir al cine?  
Dice un amigo que un gran écran reúne la ciudad y el  
campo  
en la escena de un funeral  
y, por eso, lo que antecede y lo que sigue es el deseo,  
trabajando con los horarios de una ambulancia.  
Hasta el que camina al banco puede sentirlo,  
persuadido de que empuña de pronto un arado con que  
rotura el terreno  
para emerger él mismo, en llamas, como un producto  
de la tierra.  
Ah, ya comprendo.

Morimos, renacemos, morimos, renacemos, en un bucle  
de las reapariciones,  
sea en la ciudad donde los pensamientos tienden  
una red de telefonía transmitiendo consejos para la  
felicidad,  
sea en el campo donde las vacas y los burros  
lucen dementes por contemplación de los alfileres del  
pasto.

—Y al cabo, morimos,  
como en cualquier película,  
con colores saturados.

Este director es bien astuto,  
con sus personajes que cambian de naturaleza al pasar  
una puerta giratoria.

Para hacer taquilla y fama, saqueó los elementos más  
comunes,  
incluso un día de mi vida.

Moverse las nubes, tener un cuerpo  
resultan en un éxito de crítica.

### **-CAP. 13-**

La próxima vez que vaya adonde los peluqueros, prometo  
sugerirles

que con tanta materia de descarte  
monten en la vereda una instalación interactiva y filmen  
la acción en video.

Ya que no existe un Día Mundial del Cabello,  
que se registre el polvillo estelar que fluye debajo del  
pelo y se apaga en la primera vocal de un nombre,  
el nombre de una desnuda actriz.

De ahí, conforme a los guionistas, no solo emergen la  
motricidad y los días futuros,  
sino gel para embellecer el peinado y un padre siempre  
joven en una fotografía oval.

Será, será y después un amor repujado en ramaje de  
plata,

según se aprenda la técnica barroca,  
tal vez se convierta en un pequeño negocio para sostener  
dos familias,

una la que no fue, otra que vive en el lado de la ciudad  
donde no hay muerte.

Es por el mismo motivo que los peluqueros prefieren el

hipódromo al cine.  
Son buenos padres y aman a su prole tanto como a los  
caballos, aire cuadrúpedo;  
quieren legarles, si tienen fortuna, la recompensa de un  
western.  
Una madre y un hijo, y el hijo del hijo, llamado Cayetano,  
girando resplandecientes  
en la gran bolsa de un marsupial.  
Ellos los siguen con binoculares, yo los preciso con mis  
lentes para ver de lejos,  
en su domo estrellado: los amo. Y enseguida se desvanecen  
los créditos y el acomodador  
prende las luces y comienza a voltear las butacas.  
¿Hay que deducir que mientras los caballos corrían en el  
área tórrida del tiempo,  
también se terminaron las carreras, que el mundo es un  
reglamento militar?  
Así es todo y con tickets rotos hay que ir a sentarse en  
una plaza.  
Entre el cine y la tragedia están ustedes, quiero decir la  
distancia de ustedes.  
Pero ustedes son buenos, colocaron al medio el descanso  
de una banca.

## **-CAP. 14-**

La plaza tiene los mismos protocolos que un desfiladero.

Y lo dijo el protagonista estelar.

Uno repite arrojar arenilla al vacío, uno repite los  
parlamentos del asesino.

Pese a todo se produce una fuga masiva

como si el sueño del canguro no pudiera completar su  
flora y fauna

si los hijos no se dispersasen. Quedan entonces esparcidos  
como popcorn en una pradera,

con todas las pasiones que concede el calor meridional;

y podrán, si les provoca, escribir en sus propios brazos  
una historia de la emigración árabe.

Déjalos, madre-antena, en su soledad donde de todos  
modos

les será posible tirar y soplar después dulzura y  
desamparo,

vueltos en la esquina otra vez seres vivientes.

Solo falta que aparezca para reunirlos  
el que ofrece abrazos gratis y afirma sentirse colmado  
haciéndolo.

¿Por aumentar los bienes de consumo  
o porque se masturban las flores?

Él contesta que por apaciguar lo movido.

La vida es un sismo en una plaza donde todos permanecen  
serenos

observando a una pareja pelear.

Se reconcilian enseguida, hablando de tablets, y se  
disipan en el sistema de crédito.

El mar, supongo, es el préstamo a largo plazo de los peces.

El hombre de los abrazos, con su cartel bilingüe en el  
pecho, no califica para una chequera.

Le creeré si al abrazar a un prócer de concreto  
consigue acurrucar una música ambiental, mendicidad  
de los arbustos, inflorescencia de los mendigos,  
que se van sin mirarme con mi vuelto.



## -CAP. 15-

No solo en las clínicas psiquiátricas, donde los pacientes  
tienen anhelos de palomas, hay peleas.

También en la plaza las palomas a las que se dona maíz  
encuentran la forma de entrar en batalla.

No fue seguramente el fin del que la diseñó que tuviese  
la vida de pandilleros o empresas.

Más bien puede pensarse que concibió ubicarlas todas  
en un puerto

para divisar lo que es bueno por hondo,

la carga que viene, la carga que va.

A mí también se me ocurre una idea: convertirme en un  
gusano

para despertar al tipo de la estatua

y, si antes no gatilla el rifle, preguntarle por qué es

preferible matar enemigos;

por qué es mejor que comer humus y tierra

o escuchar el agua subterránea

cuando todos los indicios apuntaban a que defendía

solamente una mesa rectangular.

Así será el brocado de la democracia.

Así las especies devoran energía solar en un ágora.  
Mientras los presentes, disfrutando un poco de aire en  
sus sitios, parecen del todo satisfechos  
con ser unos pervertidos sexuales de la coexistencia  
social; a fin de cuentas  
han llegado hasta allí para oír con sus vasos capilares a  
los abejorros, y apenas eso.  
La plaza, debo colegir, es el lugar únicamente de las  
sensaciones bellas.  
Y también el asiento en que es bueno pelar el plátano  
que me regaló el verdulero  
para más potasio y mejor vida.  
Total, es un mundo físico y recordar cada destello de  
un arete de perlas llevará cien años.  
Crea una galería de sortijas y casados, que descansan en  
el cuarto de los niños.  
Nosotros también estamos algo dormidos, acunados en  
la radiación de fondo del desastre.  
Pensamos en cosas, como un distrito financiero desierto.  
Hasta que alguien nos recuerda que está prohibido  
imaginar asuntos en las áreas municipales.

**-CAP. 16-**

Un amigo del que he olvidado todo, salvo que actuaba  
hace mucho en videojuegos,  
me enseñó la fórmula para escapar de cualquier sitio.  
Basta con ponerse tan triste que se confunda suicidarse  
con caminar,  
escogiendo siempre caminar.  
Adiós, aves alegóricas,  
sigan acostándose con los que pierden la tarde leyendo  
sobre la farándula.  
Percibir bien, entender mal, es mi concubina.  
Y lo que le gustaría a cualquiera en este instante, todavía  
más que comer lentamente otro plátano,  
es ser un helipuerto para el primer pensamiento que  
tienen en su día de franco los otros.  
Con certeza pensaron en vagabundear,  
un poco horrorizados, al espiar las calles, de encontrarlas  
en estado de feto,  
recién por existir.

Esto me recuerda algo lo que narra mi hermana las veces  
que la acompaño hasta la puerta  
de la parroquia; cuando entraba a UCI  
sus canarios le dijeron en coro a nuestro padre que ya  
era completamente libre,  
sobre todo y únicamente de cantar.  
Quien camina, por supuesto tararea,  
desde luego la letra esquivada de canciones extranjeras  
y como no entiendo nada, pero converso por tiempo  
indefinido amablemente  
con sus palabras, puedo denominarme un chofer.  
El taxista de a pie,  
con sus gringos, las estupefacciones.  
Ellos preguntan si asimismo yo soy siquiera un poco libre  
pues cada vez que sigo a ciegas la libertad, cojo a la  
derecha por O'Hara, entro al pasaje  
de las cafeterías y desemboco directo frente al mar.  
Cambiemos de ruta, nada más por estética.  
Todos tenemos una deformación craneana por una  
misma resonancia: una vida que se inicia en la ribera.

## **-CAP. 17-**

Después de todo, no resulta extravagante. Algunos  
quiropáticos tienen la creencia  
de que caminamos desde el primer día,  
solo que lo hacemos, a la inversa, erguidos sobre  
nuestras manos.

Justamente, para los que se sientan frente a un arroyo a  
oír las piedras, eso es lo que nos haría hombres.

Y las consecuencias pueden ser muy gratas.

Por ejemplo, yo, lleno de amor, puedo ver el cielo abajo,  
igual que en un sueño inducido,  
e invitarlo y comprobar con complacencia que acepta  
ser mi contacto.

O puede uno aburrirse simplemente de que se halle al  
principio y al fin de cualquier trayecto  
o rebelarse de que siendo una metáfora de disolución  
haya dejado subsistir tantas escenografías campestres  
en las vidrieras,  
mientras, en efecto, la vegetación afuera moría.

Claro que se trata de conjeturas.

Entonces, así como son cada vez más los que comparan  
la vida a un río contaminado,  
lo más probable es que el cielo sea el código genético de  
nuestra conciencia.

Todo en adelante consistirá en saber si se presenta  
despejado o lluvioso.

Hoy inclusive está soleado.

Como para suponer que voy en dirección correcta y que  
no hemos vivido en balde,  
suponiendo que nacimos a la sombra de un pino  
con el mandato de confederar a las comunidades  
aromáticas.

Es hermoso unir  
y excede el goce de romper vidrieras.

Por qué no les lanzamos un mortero de diamante, de  
cualquier manera,  
con el objeto de saber cuán lejos llegan los fragmentos  
de mi imagen reflejada.

Sin duda cada trozo habrá de levantarse y caminar,  
sintiendo pronto la región extraña su tierra.

## -CAP. 18-

Por tener parientes en todas partes, como cualquier  
semilla transgénica melancólica,  
no es seguro que formemos, vía los que ellos besan y  
abrazan,  
un club íntimo con el planeta. Tendríamos  
también que amar lo que aman, a mascotas que no  
conocemos  
y muertos inimaginables que ahora pesan lo mismo que  
un bit de bruma.  
¿El amor, entonces, tiene que ver con regiones, así como  
el dolor es un asunto de incidencia local?  
Eso se resuelve muy fácil, simplemente no preguntando  
o sufriendo con intensidad, como para imitar la fiereza  
con la que el día lanza sobre los trabajadores espirituales  
deseos inconfesables y sacos. En ese sentido, no se  
equivocan  
los edificios más elevados al ser kamikazes de su propia

noción de altura,  
en la que se diluyen para dar paso a una petición que  
tiene en el centro  
un agujero del tamaño de una claraboya gigante. Y ahí  
hasta podríamos,  
mientras haya vida, advertir que un chico alejándose es  
a la vez una falla geológica.  
¿El sol, ya cayendo, qué otro doble tendría?  
Lo que le imploro, con las oraciones paganas  
del tacto, es seguir marchando, en S si es indispensable,  
sin preguntar si me guía la luz de lo que al final constituye  
solamente el aluminio de una muleta.  
Al fin y al cabo, también se usa para adelantar  
y caer probablemente en una piscina con forma de oreja  
en la que fuimos felices.  
O acceder a una cuadra,  
que de pronto es una fachada,  
después un cementerio de costumbres  
que resulta ser mi casa.



**-CAP. 19-**

Pienso de golpe que el presente es un stand de muertos  
y, qué paja, también la luz se hace de súbito viento.  
Así ya tengo seguro que hará moverse todo lo que vi hasta  
un sitio indeterminado, como para ir a rescatarlo o  
empujarlo si simplemente  
preferimos contar con la compañía de lepidópteros.

Entre tanto  
se camina otra vez y quién sabe se encuentra  
en una sastrería de nombre Julio y Julia un nido de  
arañas y una plataforma de lanzamiento. Somos  
lanzados —amamos el espacio— y al caer ya tenemos  
puesta ropa de dormir encima  
como si en la privacidad de un cuarto nos tuviesen  
que declarar burócratas del sueño, pero no constelaciones  
de la levedad.

Ahora escuchen un rumor de compras.  
Las pijamas son centros de abastos personales;  
captan del producto del día todavía más barullo que  
afectos, las percepciones como regateo,  
pero finalmente todo queda detenido en un vago olor a  
especias.

La vida no es una casa. No queremos convertirla  
en un escudo nobiliario donde quedó grabada en piedra  
la locomoción de los pájaros.

De una fábrica de las afueras salen ininterrumpidamente  
los hombres

preguntándose lo mismo: ¿la diferencia entre la banalidad  
y el enigma

imita las variaciones entre paraje y paisaje?; o intuyendo  
que en el lindero entre los dos

nace la perfecta formación social, pero factores climáticos  
y grandes obras

la traen hasta la cama asumida en el aura de una hoja.

Todos

entrarían acá, todos con hojas, si hubiésemos podido  
soportar entera la ternura de una pupila.

La cama es caminar de casa en casa sin encontrar,  
obviamente, el eczema de un recuerdo,

tan desesperadamente buscado por el GPS de los autos.

Antes, lógico, de empezar a ver series donde explotan  
coches

y un tipo con cuatro cabezas nos dice que el quinto cuerpo  
lo tenemos justamente en el silencio de la boca.

## -CAP. 20-

Salir a encontrar a un grupo de no contactados puede  
ser la mejor manera  
de perderse en las calles, ver a diferentes jardineros  
regando y descubrir  
a la postre la oscuridad. Podríamos entonces suponerla  
la forma prehistórica  
del deseo de deambular y asimismo la forma presente  
del trabajo. Nadie quiere tropezar, sospecho, en las  
horas que se duerme  
con azules islotes esclavizados deseosos de escapar del  
sueño  
pero tampoco seguros de emerger en el barrio, en su  
parte de sistema de propiedad.  
Fantaseamos más bien con hallar a alguien a quien  
nunca conocimos  
y que después, bajo las primeras garúas, de ningún modo  
reconoceremos. Y a él sí no le cobraríamos  
nada por besarlo. Solo querríamos señalarle en la punta  
de la cama  
el amor y el pesar. Amor si estás empezando o

concluyendo, pesar si estás acabando. Amor y pesar.  
Mi hermana lo hace así, al término de una escalera de  
caracol que la transporta  
al sonido de un reservorio: un día más en la verdulería,  
según ella misma relata. Entonces  
es muy simple: reza por todos, incluido el viento, sin  
pedirle dejar de moverse,  
y desaparece. Probablemente en ese instante  
comienzan en el mundo las poluciones nocturnas  
y los que viven tendrán que surcar interminablemente el  
oasis de un estremecimiento.  
A ellos hay que contemplarlos, con reverencia inclusive,  
¿no creen, smog y árboles?  
Sin olvidar siquiera al sicario que nada más causa sueño,  
aunque antes experimentó sexualidad en la serie.  
Bien puede cambiar y de hecho cambia de opinión.  
Prefiere  
en vez de matar hombres buenos irse al muelle a coger  
toxinas de la realidad.  
Yo escojo imaginar algún tipo de extensión amnésica,  
por ejemplo la pena.  
La droga embarcada, los ríos solitarios; y las estrellas  
para usar y botar.

## Índice

|  |    |
|--|----|
| <b>El presente es un stand de muertos. Un viaje alrededor de Rafael Espinosa, por José Carlos Yrigoyen</b> | 7  |
| <b>de <i>EL ANTICiclÓN DEL PACÍFICO SUR</i> (2007)</b>   |    |
| Cómo sueñas, cómo piensas...   | 15 |
| En el sendero de las captaciones...  | 16 |
| Me lo dijo en un parque de diversiones...  | 17 |
| Te lo cuento pero no para que sepas...   | 19 |
| Una secuencia del todo extraña...  | 20 |
| 00. (rostro)   | 21 |
| 02. (cerebro)  | 23 |
| Supongo que la volatilidad es un presente...   | 24 |
| Putos cabrones, peores que políticos y analistas...  | 25 |
| Una chica que lee poesía no le lanza arena...  | 29 |
| Data y ondas de las sensaciones...   | 30 |
| <b>de <i>AVES DE LA CIUDAD Y ALREDEDORES</i> (2008)</b>  |    |
| EL MATRIMONIO  | 35 |
| COMPRAR TELAS  | 43 |
| A CAYETANO ESPINOSA  | 46 |
| <b><i>AMADOS TRANSFORMADORES DE CORRIENTE</i></b><br>(2010) [Texto completo]                               | 51 |
| <b>de <i>LOS HOMBRES RANA</i> (2012)</b>   |    |
| LAS NUBES PERMANECERÁN LIMPIAS   | 97 |
| ESTAMPAS COSTUMBRISTAS   | 98 |

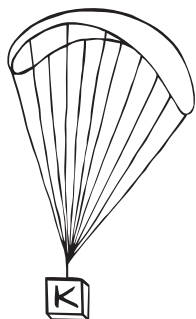
|   |     |
|---|-----|
| NOCHES CONTABLES                          | 99  |
| LA MANUFACTURA DE UNA PIEZA DE CAREY      | 100 |
| LA MULTITUD EN MARIÁTEGUI                 | 101 |
| DÍA NACIONAL                              | 103 |
| LETANÍA ANTIMINERA                        | 104 |
| UN FLORERO EN LLAMAS                      | 105 |
| LOS OPERARIOS                             | 106 |
| ATRIBUCIONES EN LAS ZONAS INTANGIBLES     | 107 |
| ADJUDICACIÓN DE LOS APOSENTOS             | 108 |
| TSUNAMI EN SENDAI                         | 110 |
| SERENIDAD DEL RÍO (HOMENAJE A MIKE TYSON) | 111 |
| RELOJ DEL INSOMNE                         | 113 |
| VISITA                                    | 116 |
| LAS COSAS PARA SIEMPRE                    | 117 |
| TERCER INTENTO DE ALUNIZAR                | 118 |
| EL CERDO HABLA                            | 120 |
| OTROS EN LAS GRANDES PRADERAS             | 121 |

**HOYO 13: NOVELA BARRIAL (2013)**

[Texto completo]

|           |     |
|-----------|-----|
| -CAP. 1-  | 125 |
| -CAP. 2-  | 127 |
| -CAP. 3-  | 129 |
| -CAP. 4-  | 131 |
| -CAP. 5-  | 133 |
| -CAP. 6-  | 135 |
| -CAP. 7-  | 137 |
| -CAP. 8-  | 139 |
| -CAP. 9-  | 141 |
| -CAP. 10- | 143 |
| -CAP. 11- | 145 |

|           |     |
|-----------|-----|
| -CAP. 12- | 147 |
| -CAP. 13- | 149 |
| -CAP. 14- | 151 |
| -CAP. 15- | 153 |
| -CAP. 16- | 155 |
| -CAP. 17- | 157 |
| -CAP. 18- | 159 |
| -CAP. 19- | 161 |
| -CAP. 20- | 163 |



**LA REGATA DE LAS COMISURAS**

antología poética de Rafael Espinosa

—séptimo volumen publicado por Kriller71 ediciones—

se terminó de imprimir

durante el mes de marzo de 2013,

en BookPrint Digital S.A.,

Barcelona.

La tirada fue de 300 ejemplares.